

LA ESPADA DE ORO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

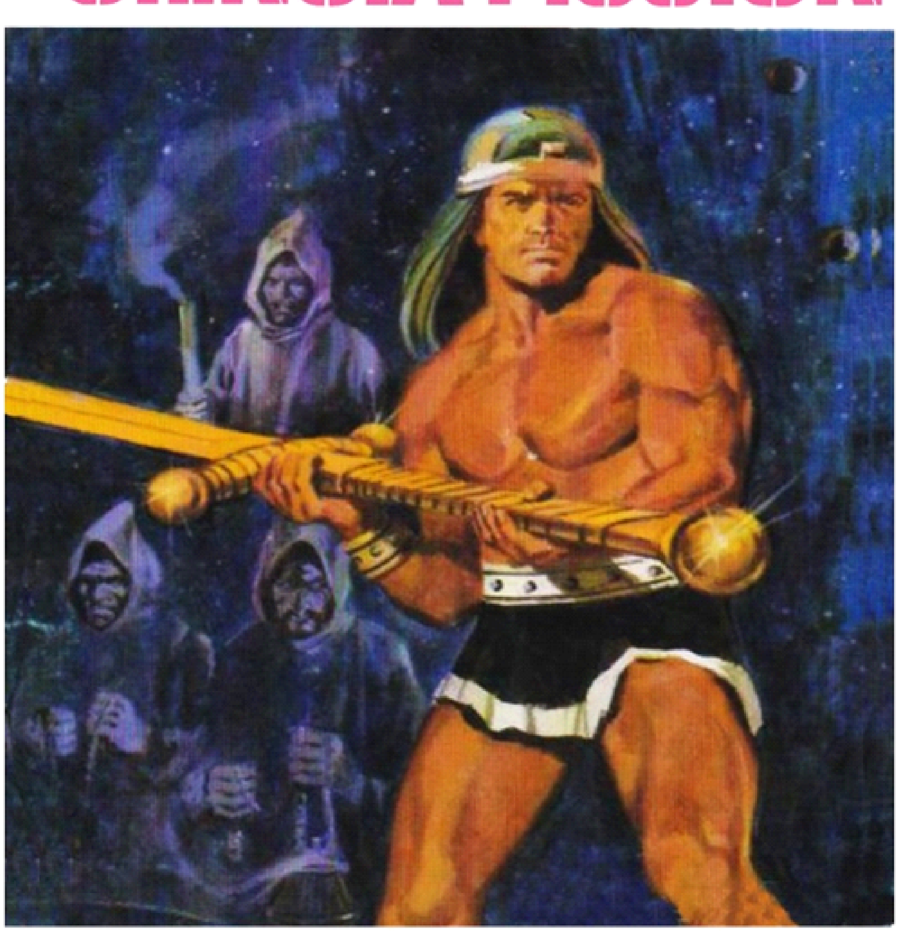
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA ESPADA DE ORO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

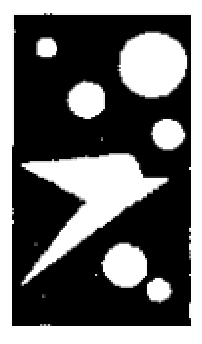
EN ESTA COLECCIÓN

1. — El capitán «A ventura», Glenn Parrish
2. — El loco de la galaxia, Joseph Berna
3. — *Planeta delirante.* Curtís Garland
4. — *Metralla espacial.* Ralph Barby
5. — En los dominios de Creon, A. Thorkent

CURTIS GARLAND

LA ESPADA DE ORO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 619
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02-02525-0

Depósito legal: B. 15.474-1982

Impreso en España - Printed in Spain

l .a edición: junio, 1982

2.a edición en América: diciembre, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. **2. Barcelona** (España)

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona **-** 1982

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era oscura y silenciosa en aquella interminable llanura.

Había estrellas en el negro cielo, pero distantes y débiles. Brumas y vapores se elevaban de algunas regiones del llano, formando una neblina turbia que hacia mortecino el resplandor remoto de los astros nocturnos.

Nadie parecía vivir en aquellas tierras yermas y desoladas. No se veían luces ni movimiento alguno en toda su extensión.

Súbitamente, en el cielo hubo un resplandor. Fue como un destello que surgiera de los insondables abismos oscuros del espacio, para cruzar el cielo igual que una estrella errante, más luminosa que las demás.

Después, la trayectoria de la estela de luz apuntó al suelo desértico. En un punto de la llanura hizo impacto. Se elevó una luz resplandeciente y fugaz, que se extinguió prontamente. La oscuridad, la quietud y el silencio, siguieron al sordo choque y al centelleo de luz. Arriba, en el negro cielo, todo continuaba igual. Astros y nebulosas, lejanas galaxias y próximos soles habían asistido imperturbables al breve y extraño fenómeno.

Abajo, en la inmensidad de la llanura, todo parecía también indiferente. Pero no era así.

Unos oíos se habían elevado al cielo al ver el resplandor. Unos ojos habían seguido el curso de la estela luminosa hasta su choque con el suelo. No eran los ojos de un animal ni de una fiera torpe que sólo fuese atraída por el brillo de la luz.

Una figura que se detuvo al ver el fenómeno celeste, echó a andar otra vez, trabajosamente, por el yermo paraje. Pies desnudos y llagados hollaron de nuevo la tierra áspera y negruzca donde no crecía vegetación. Un cayado hecho de un sarmentoso arbusto, se apoyó en el suelo, para ayudar a caminar a su portador.

Unos labios humanos murmuraron algo, unas pocas palabras roncas que sonaban a oración o a sortilegio. Los ojos se entornaron, llorosos y tristes. Una cabeza canosa y abatida se inclinó, mientras el cuerpo se encorvaba con el paso de los años y de otros lastres menos concretos, bajo la estameña burda, oscura y deshilachada.

El hombre que viera caer la luz siguió adelante, susurrando entre dientes cosas que sólo él podía oír y entender. Daba la impresión del ser que, por un momento, cree hallarse ante un milagro y luego

sufre un amargo desengaño al comprobar que no hubo nada de eso, y que las cosas siguen igual a su alrededor, inmutables y sombrías.

Aquel mundo de sombras y de silencio, seguía sumido en su atmósfera de siempre, sin que nada vivo pareciera animarlo. Sin que la más leve señal de existencia alguna se mostrase en sus tierras áridas e improductivas, donde parecía imposible que pudieran germinar semillas ni crecer plantas, como si una tétrica maldición hubiese caído sobre ellas.

El solitario caminante siguió su marcha a través de la noche y del silencio, a través de la soledad y la muerte de un paisaje maldito, bajo las remotísimas estrellas cuyo brillo diluían las brumas que emergían del horizonte.

En un lugar de aquel paraje desolado, sin embargo, algo brillaba en la noche, sin que el caminante pudiera verlo a tal distancia. Era el brillo frío y metálico de una forma empotrada en la tierra negruzca y reseca.

El brillo de un cuerpo, de una estructura llovida del cielo, cuya forma afilada se hundía en estos momentos en la tierra árida, apuntando con su proa al interior de aquel terreno áspero, y con su popa hacia las estrellas de donde había llegado.

Y dentro de aquel cuerpo metálico, de repente, hubo señales de vida.

* * *

Zoltan abrió los ojos.

Miró a su alrededor, todavía aturdido, sin saber bien qué sucedía ni dónde podía hallarse ahora.

Luego, empezó a recordar dificultosamente pero con relativa rapidez, acaso porque su mente era una fría y ordenada máquina de pensar y de almacenar recuerdos, y su entrenamiento de años enteros para misiones al alcance de unos pocos, habían hecho de él y de su consciencia un perfecto engranaje que acostumbraba a funcionar con regularidad y precisión, incluso en los momentos de autentica crisis.

Y sin duda alguna, pensó Zoltan, ésta sí era una situación de verdadera crisis.

El último recuerdo almacenado en su rigurosa y lúcida mente de científico y de astronauta era simple pero vivo y alarmante: se iban a destruir.

La nave y la tripulación estaban en peligro. Enfrentados al máximo nesgo. Los mecanismos de a bordo funcionaban en esos momentos en plena «alerta roja», movidos por el cerebro electrónico de compleja actividad que regulaba las funciones a bordo de la nave cósmica.

Y ahora…

¿Qué había sucedido *ahora?* ¿Dónde estaban *ahora?*

¿Cómo se había resuelto la crisis para la nave y para los demás, puesto que él continuaba con vida y, por lo que podía advertir en su asiento, en estos momentos, sin sufrir lesiones ni amputaciones de ningún género. Por tanto, estaba ileso, recobrada la consciencia, y podía moverse de modo normal, como pudo comprobar de inmediato al desprender las bandas de sujeción de seguridad, y ponerse en pie, ligeramente mareado y tambaleante. Miró a su alrededor, para comprobar los daños en un primer examen de la situación.

Ciertamente, el impacto había debido de ser fuerte, pese a los sistemas de seguridad y de freno de a bordo. Algo no funcionó bien del todo, y el choque había sido violento. Lo suficiente, cuando menos, para inutilizar el panel de mandos, incendiar diversos circuitos de difícil reparación, y averiar diversos sistemas de control y de gobierno de la nave, posiblemente de modo irreversible. Pantallas de televisión, paneles electrónicos y cuanto era allí visible para él, aparecía ennegrecido, roto o virtualmente destrozado.

Lanzó un suspiro de resignación. Eso ya no tenía remedio, después de todo. Lo importante era saber los daños en el resto de la nave, en la cámara de tripulantes, en los compartimentos estanco, en los sistemas de ventilación, acondicionamiento de aire respirable, temperatura interior y gravedad artificial, así como en el almacén de víveres y de agua.

Se encaminó con dificultades hacia la puerta, ya que la cabina de mandos estaba fuertemente inclinada, en una posición complicada para caminar con equilibrio normal. Aferrándose a las paredes, llegó hasta la puerta. Presionó el resorte electrónico, pero la puerta no se

movió. También eso estaba averiado.

Tuvo que forcejear con la puerta, utilizando sus manos para desplazarla lo suficiente y salir al corredor de la nave, que escudriñó, preocupado. No captó ni una voz, ni una queja, ni el menor sonido que indicase señales de vida a bordo. Sintió un escalofrío, imaginándose que estaba solo él con vida. Era una idea aterradora.

— ¡Eh, vosotros! —llamó con voz potente—, ¡Erik, Myra, Scott, Balaky! ¿Dónde estáis? ¡Responded, por el amor de Dios!

No hubo respuesta. Empezaba a estar realmente asuntado. No quería ni imaginar lo que estaba temiendo cada vez con mayor fuerza. De cinco tripulantes, no era posible que sólo él hubiese sobrevivido. Sería demasiado espantoso. Solo en el espacio, solo en aquella nave, solo en un mundo posiblemente desierto y vacío… por el resto de sus días.

Logró llegar a la puerta de la cabina de tripulantes, que estaba también herméticamente cerrada, y sin funcionar los sistemas electrónicos de apertura y cierre.

Tuvo que utilizar sus propias manos, para hacerla funcionar por medios puramente manuales, al margen de toda técnica sofisticada. Dificultosamente, gracias tan sólo a la desusada fuerza física de Zoltan, la hoja metálica cedió, deslizándose al fin con lentitud para dejarle paso franco al interior de la cámara.

Allí, en sus literas protegidas, reposaban los cuatro tripulantes que, en su compañía, formaban el personal de a bordo en aquel vuelo a remotas regiones espaciales. Aparentemente, todo estaba normal allí, y Zoltan lanzó un suspiro de alivio. Quizás todo se reducía, pensó, a un desvanecimiento colectivo y pasajero, del que pronto saldrían sus compañeros sin más problemas.

Cuando estuvo junto a las literas, su estado de ánimo cambió radicalmente. Un escalofrío de horror sacudió su cuerpo atlético, enfundado en el tejido plateado de astronauta.

—Dios mío, no… —susurró—. No es posible…

Por desgracia, era posible.

A la primera que descubrió fue a Myra. Parecía dormir en su litera, pero eso era sólo una apariencia. Ahora podía verla y comprobar lo que había sucedido con ella, desgraciadamente.

Tenía los oídos reventados. Por ambos brotaban hilillos de sangre que se unían a otro leve reguero que escapaba por su nariz. Los labios aparecían espumeantes de sangre, crispados en una mueca horrible de agonía. Sus bellos ojos azules, dilatados hasta el límite, era un reflejo del pánico y la angustia que debió sentir al producirse la muerte.

Myra, la única mujer a bordo, estaba muerta. Reventada por dentro. Habían fallado los sistemas de protección de su litera espacial, a causa quizás de una avería general en los sistemas de a bordo, y la aceleración creciente de la nave, en su caída, le provocó la muerte.

Igual suerte había corrido Scott, su vecino de litera. Su aspecto era también horrible y, además, había intentado respirar, al sentir ahogos sin duda alguna, y se clavó las uñas en el cuello y en el rostro, produciendo aún más penosa impresión su cadáver.

Balaky, el tercer miembro de la tripulación, no había corrido mejor fortuna en la desgraciada aventura. Yacía en un charco de su propia sangre, a causa de los desgarros internos producidos en el impacto contra aquel mundo desconocido donde ahora se hallaba la nave.

Se aproximó a la litera de Erik, el último de los astronautas, convencido de que el trágico espectáculo que iba a hallar allí no sería muy diferente al presenciado hasta ahora en su triste revisión de las consecuencias de la catástrofe.

Se paró en seco, sorprendido y esperanzado levemente.

No había huellas de sangre en el cuerpo y rostro de Erik. Eso ya era esperanzador por sí solo. Miró el registro automático de sus funciones orgánicas vitales. El aparato no le dijo nada. También había sufrido daños irreparables en el choque.

Alzó la cobertura plástica que protegía a los astronautas durante el sueño, al menos siempre que los circuitos de seguridad funcionasen a bordo, y se inclinó sobre Erik, en tensión.

Le bastó un breve examen. Respiraba, aunque con alguna dificultad. Su corazón latía con un ritmo lento pero relativamente seguro, y el estado físico de toda su persona parecía normal. Si su estado mental era idéntico, Erik estaba a salvo.

Sin poderse contener, Zoltan lanzó una agria carcajada, apartándose del inconsciente tripulante para acudir en busca del

botiquín y atenderle en forma adecuada.

—Eso tiene gracia... —comentó sarcástico, riendo todavía—. Erik, con vida... Erik y yo... solos a bordo. Tenía que ser él. Precisamente él... quien salvara su vida junto conmigo. Tiene gracia... ¡Mucha gracia!

Y se alejó, riendo, para tomar el equipo sanitario de a bordo y prestar atención a su compañero superviviente.

* * *

Apartó el botiquín y esperó.

Había hecho por Erik cuanto le era posible. Ahora, todo dependía de él, de su reacción al tratamiento dado. Se dispuso a esperar, no sin antes dirigirse a uno de los visores de la nave. Deslizó su compuerta de seguridad, y quedó solamente el grueso vidrio blindado, entre él y el exterior desconocido.

Se quedó fascinado, contemplando el panorama del lugar donde la nave había ido a estrellarse.

—Cielos, no puede decirse que sea un mundo paradisíaco, ni mucho menos... —murmuró con desaliento.

Desde luego, aquel paraje visible desde la nave, era todo lo contrarío a un jardín o un vergel. Árido, agreste, desolado y sombrío, de negruzca tierra cenicienta y peñascos como basalto, un palio de radiantes astros y nebulosas lejanas formaban su cúpula celeste, lo bastante diferente a la de su mundo en un planeta muy distinto y, además, muy lejano del suyo propio. Un planeta nada acogedor ni hospitalario, a juzgar por las apariencias.

— ¿Habrá forma de sobrevivir ahí afuera? —se pregunto Zoltan, confuso—. Tiene toda la apariencia de ser un mundo muerto, acaso un enorme asteroide, un trozo de piedra en el cielo... Si es así, la suerte está echada. Cuando se agoten las provisiones de a bordo, todo se habrá terminado para Erik y para mí...

De pronto, hubo un ruido a sus espaldas. Zoltan se volvió con viveza, y también con cierto sobresalto. Pero se calmó en seguida.

El ruido procedía del interior de la nave. Y lo producía Erik, el superviviente, que se estaba incorporan do, con lentitud, sacudía su cabeza, todavía profundamente aturdido a juzgar por su expresión, y luego miraba en torno, sin entender bien lo que sucedía.

— ¿Qué diablos...? —comenzó sordamente, antes de quedarse petrificado, contemplando los cadáveres de Myra, Scott y Balaky.

Entonces lanzó un grito de profundo horror y retrocedió, tambaleante, sujetándose a uno de los soportes de las literas, demudado el rostro. Zoltan se limitó a informarle gravemente:

—Sí, Erik. Están muertos. Todos han muerto... menos tú y yo.

Lentamente, Erik se volvió hacia él. Un gesto de estupor asomaba ahora a su faz angulosa y enérgica, bajo el cráneo totalmente rapado, en el que brillaban las luces de emergencia del interior de la nave, aún encendidas, tras el fallo de los sistemas normales de a bordo.

—Tú... —susurró—. Zoltan... Tú estás vivo...

— Así es, Erik. Ambos estamos vivos. Somos los únicos supervivientes de esta catástrofe... y ni siquiera sé dónde diablos estamos.

—De modo que ambos estamos vivos. Solos los dos... —jadeó Erik, todavía confuso.

—Así es —asintió Zoltan, moviéndose hacia él—. Ahora, ambos tenemos que...

— ¡No te muevas! —bramó Erik de repente, desenfundando su pistola de rayos láser, con celeridad, y encañonando con ella a su compañero—. Maldito bastardo, no te muevas de donde estás.

—Erik, trata de razonar... —le habló Zoltan, grave el gesto, parándose en seco y mirando el arma temible, en manos de Erik.

—No hay razonamiento que valga, Zoltan —cortó el otro con aspereza, asomando un brillo de odio infinito a sus ojos—. Voy a matarte ahora mismo.

—Lo sabía —suspiró Zoltan con frialdad—. Sabía que lo harías, Erik. Está bien, adelante. Vamos, dispara ya

CAPÍTULO II

El niño se movió entre los escombros.

Porque aquel cuerpecito aterido y sangrante era el de un niño, aunque pareciese el de un enano cuando irguió su pequeña estatura entre los cadáveres, la sangre y los destrozos.

Habla estado seguro de oír algo. Y ahora estaba seguro de que también *veía* algo. Algo que estaba allá, en el horizonte, a alguna distancia del lugar. Pero tampoco demasiado lejos. No para él, que estaba acostumbrado a correr y saltar.

Se tocó el brazo herido y puso un gesto de vivo dolor. Tenía un profundo corte que iba desde el hombro hasta cerca del codo. Había sangrado mucho, y todavía entre la sangre seca asomaban algunas gotas que luego corrían hasta sus dedos, cayendo a tierra.

El niño estaba asustado. Sus ojos eran grandes, tristes y atemorizados. Miraron con perplejidad aquel brillo distante, que destacaba en el desértico paraje como el fulgor de una estrella. Sólo que las estrellas no se desprendían del cielo negro y frío para caer en el suelo, él lo sabía.

Aquel brillo tenía que ser algo. Algo diferente que nunca había visto antes de ahora. Quizás en La Ciudad sí hubieran visto cosas así. Pero La Ciudad estaba lejos. Y La Ciudad era distinta. Todo allí era distinto.

Logró caminar con lentitud entre los cadáveres. Un hedor a carne corrompida se elevaba del suelo. Aves de rapiña, negras y siniestras, revoloteaban sobre el lugar, presagiando el fácil festín.

El niño emprendió la marcha fatigosamente, tras recoger del suelo una rama y apoyarse en ella, dejando colgar el brazo inerte, empapado en sangre. También sus cabellos aparecían mojados de un rojo oscuro, a causa de una brecha en la cabeza, pero esa herida no era profunda, y los niños de todas partes están habituados a sufrir daños semejantes. Incluso allí, en aquel mundo de pesadilla, los niños parecían iguales a los de otros mundos menos sombríos.

La lenta marcha del niño hacia el objeto brillante en la distancia, se inició para continuar durante largo espacio de tiempo, a través de aquel negro desierto helado, donde la vida parecía imposible, donde la Muerte era la única dueña y señora de todo...

* * *

El dedo de Erik tembló sobre el resorte de disparo. Una leve presión bastaría para proyectar sobre Zoltan un mortífero rayo láser que le perforaría de lado a lado.

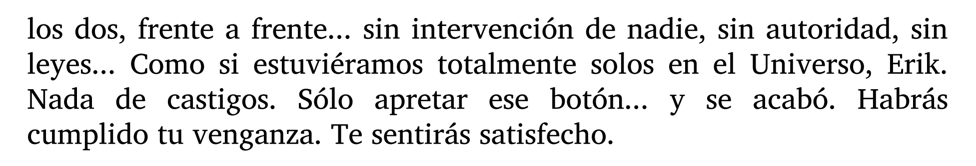
—Juré matarte un día, Zoltan, cuando supiera que estaba fuera de tu autoridad y de la jurisdicción civil y militar. Creo que ese momento ha llegado —silabeó roncamente Erik, su mirada fija en el compañero de viaje espacial, las pupilas frías y centelleantes de odio y resentimiento.

—Lo juraste, sí —convino secamente Zoltan—, Vamos, ¿a qué esperas? Hazlo ya. En este mundo es seguro que tu crimen quede impune. Quizás ni siquiera quede otra persona sino tú. Tú solo, en un planeta para ti solo...

Erik vaciló. Apretó los labios. Sus ojos fueron al hueco de la ventana. Contempló el desnudo paisaje, el horizonte lejano, el vacio estelar, tachonado de lucecillas distantes, la ausencia de vida en la negra superficie planetaria.

—Solo... —repitió—. Yo solo... aquí.

—Es lo que soñabas, ¿no? —sonrió con dureza Zoltan—. Solos


los dos, frente a frente... sin intervención de nadie, sin autoridad, sin leyes... Como si estuviéramos totalmente solos en el Universo, Erik. Nada de castigos. Sólo apretar ese botón... y se acabó. Habrás cumplido tu venganza. Te sentirás satisfecho.

—Satisfecho... y solo —jadeó Erik.

—Es el precio de la impunidad —rió Zoltan—. Todo tiene un precio en la vida, amigo mío. Este es el de tu ajuste de cuentas definitivo.

— ¡No soy tu amigo! —rugió colérico el otro.

—Era por llamarte de algún modo —suspiró Zoltan—. No pensé nunca que lo fueras. Te enrolaste en esta expedición sólo para aguardar el día de tu revancha, ¿no es cierto, Erik?

—Sabes bien que sí. Lo supiste en todo momento. ¿Por qué no me recusaste? El consejo de astronáutica te hubiera hecho caso. Siempre fuiste su niño mimado...

—No había motivo para ello. Eres un buen astronauta, siempre lo fuiste. No había por qué renunciar a una buena colaboración, a un eficiente tripulante.

— ¿Aún siendo tu mortal enemigo me aceptaste?

—No pensé en ello al aprobar tu solicitud. La computadora tampoco. Nos limitamos ella y yo a estudiar tu historial, tus facultades, tus condiciones personales. Eso fue todo.

—La máquina no piensa. Es fría. Se guía sólo por un banco de datos. Tú, no. Sabías que no iba a perdonarte lo de Gala.

—Gala no significó nada para mí, Erik —suspiró Zoltan, encogiéndose de hombros—. Sólo fue una aventura pasajera.

— ¡Para mí era mucho más! —aulló Erik, lívido de rabia—. ¡Iba a hacerla mi mujer y lo sabías!

—Claro que lo sabía. Por eso la rechacé varias veces. Hasta que pensé que eso era lo mejor. Después de todo ella seguiría haciendo lo mismo con todos, una vez convertida en tu esposa. Era una cualquiera.

— ¡No te consiento que hables así de ella!

—Tienes que consentirme todo... o disparar esa arma. Erik. No

puedo perder mucho más que mi vida. Te estoy diciendo la verdad. Sólo la verdad, Erik. Ella era una mujer indigna de ti o de cualquier otro hombre que sintiese algo digno por su persona. Se acostaba con cualquiera. Y seguiría haciéndolo una vez casada, ella misma me lo confesó.

— ¡Mientes! —rugió Erik, frenético.

—No, no miento. Pudiste haber preguntado a Copland, a Skiller, a Ilya... Te hubieran dicho lo mismo que yo.

—Eres un cerdo. Estás ensuciando su memoria. Gala se mató por tu culpa...

—Tampoco eso es cierto. Se mató porque vino de nuevo en mi busca y yo la rechacé. Porque le dije que te iba a contar la verdad sobre su auténtica personalidad, sobre su ninfomanía irrefrenable. Furiosa, me golpeó y salió corriendo, en busca de otro, creo que de Copland... Iba tan ciega que, pese a gritarle yo una advertencia, se metió en una de las cintas de vehículos de mantenimiento de gran velocidad. Nadie pudo parar la furgoneta. La arrolló, matándola en el acto. Lo lamenté de veras. Pero pensé que era lo mejor que podía suceder.

—Todo eso es una burda sarta de mentiras que jamás podré creer. Juré acabar contigo, cuando tu graduación de comandante no tuviera para mí el menor significado.

—Y ese momento ha llegado —sonrió Zoltan—. Estamos solos. Sigo siendo tu superior, pero aquí eso importará poco, cuando tú te quedes solo, Erik. Vamos, dispara ya. Esto se prolonga ya demasiado.

Otra vez el dedo vaciló sobre el botón de disparo. Zoltan esperaba tranquilo, convencido de que casi ni sentiría nada, cuando el rayo láser atravesara su corazón o su cráneo, fulminándole en el acto.

Al fin, lenta, muy lentamente, la mano de Erik descendió. El arma apuntó al suelo. Zoltan ni siquiera pestañeó.

— ¿Qué te ocurre? —quiso saber—. ¿Por qué no disparas?

—No..., no sé —jadeó Erik—. Sigo odiándote con toda mi alga, Zoltan. Pero no puedo matarte así... No, no es que tenga miedo. No me echo atrás. No me siento más débil ni compasivo. Contigo, nunca.

— ¿Entonces...?

—Creo..., creo que temo a la soledad. No quiero quedarme solo aquí, estemos donde estemos ahora. Aunque jamás podamos ser camaradas ni amigos... creo que debemos luchar juntos para salir de aquí. Intentarlo, cuando menos. Después..., habrá tiempo y ocasión en que ambos podamos enfrentamos, luchar hasta que uno de los dos deje de existir... No descansaré mientras vivas. Pero éste no es el momento de arreglar nuestras diferencias. Te necesito, Zoltan. Y posiblemente tú también me necesites a mí.

—Eso es bien cierto —resopló el astronauta con una afirmación de cabeza—. Ambos nos necesitamos, a juzgar por lo que se ve allá fuera. ¿Qué tal si pensamos en explorar ahora mismo lo que nos rodea?

—Bien —dijo Erik, metiendo de nuevo la pistola láser en su funda—. Vamos ya... comandante.

—Creo que, dada la situación, podemos llamamos solamente por nuestros nombres, capitán Erik, renunciando a nuestra graduación de la milicia astral.

—Sí, Zoltan, como quieras —declaró Erik hoscamente, encaminándose hacia la salida y pulsando el resorte de apertura de la cabina estanco.

No funcionó. Perplejo, Erik cambió una mirada con su compañero y adversario.

—Es inútil —dijo Zoltan—. Nada funciona a bordo. Los sistemas automáticos están inutilizados, lo mismo que los medios de seguridad. Por esa razón murieron es demás. Y por esa razón nos hemos estrellado en este inhóspito lugar.

—Lo último que recuerdo es que algo nos desvió del rumbo establecido por las computadoras, posiblemente una radiación, según el ordenador de a bordo...

—Sí, eso recuerdo yo también. Esa radiación salía de este planeta, sin duda alguna. La colisión fue muy violenta al averiarse los sistemas de frenado y alta seguridad. Estamos vivos de puro milagro. Intentaré abrir la salida por medios manuales, si es que los mecanismos no se han bloqueado.

Zoltan logró abrir sin dificultad alguna el compartimento estanco, donde se conservaban intactas las escafandras plásticas y los trajes antitérmicos para la salida al exterior. Eran cinco atavíos de

máxima seguridad, capaces de soportar bajísimas o muy elevadas temperaturas, ausencia de oxígeno, de gravitación o cualquier otro problema propio de los vuelos cósmicos. Tres ya nunca volverían a ser usados por sus dueños, recordó Zoltan amargamente.

Se ajustó el suyo, de color naranja vivo, y Erik el de su propiedad, color verde brillante. Cada uno tenía adjudicado un color concreto, para identificarse incluso a distancia, por leve que fuese la claridad, dado el tono fluorescente de las indumentarias.

—Todo a punto —dijo Zoltan a través de su intercomunicador, adosado a las ropas espaciales, y que les permitía estar en constante contacto por difíciles que fuesen las circunstancias ambientales externas o la distancia que pudiera separarles—. Ahora, esperemos que la puerta exterior se abra con igual facilidad…

No fue así ni mucho menos. En el impacto de la nave, el metal se había abollado en varios puntos, dificultando su apertura, incluso manual. A duras penas, tras rudo forcejeo de ambos hombres, la plancha metálica cedió cosa de media yarda, y pudieron salir dificultosamente al exterior.

— ¿Dejamos abierto tras de nosotros? —dudó Erik.

—No hay otro remedio —le respondió Zoltan—. Esperemos que nadie entre en la nave en nuestra ausencia. Además, si cerramos tal vez nunca lográsemos abrirla de nuevo, a menos que recurriéramos a las cargas desintegradoras. Y sólo disponemos de dos en nuestras ropas. Hay que administrar nuestros escasos recursos, al menos hasta saber si aquí es posible obtener armas, víveres o cualquier otra cosa…

Descendieron al negro suelo. Pisaron polvillo negruzco, cristalino. Zoltan notó que la gravedad era inferior en algo a la Tierra, pero no demasiado. Calculó que podían pesar allí como de cien libras cada uno, cuando en su planeta de origen ese peso sería de ciento cincuenta. No era problema, gracias a los imanes de su calzado, que impedían cualquier incidente derivado del menor peso de sus cuerpos.

—Aire perfectamente respirable —señaló Erik, tras consultar el medidor de atmósfera de su muñeca.

—Exacto —asintió Zoltan, comprobando el suyo—. Hay oxígeno suficiente para no tener el menor problema respiratorio. Pero tendría que haber agua y vegetación, si esto es así…

—Tal vez estemos en una región desértica del planeta —sugirió

Erik, examinando receloso el páramo sombrío en que se hallaban.

—Tal vez —admitió su jefe—. También es mala suerte ir a parar a un sitio así, si es como dices...

Echaron a andar ambos hombres sin dificultades. Se alejaron de la nave. El paisaje no cambiaba gran cosa hasta el lejano horizonte visible. Solamente peñascos negros y de atormentado perfil, rompían acá y allá la monotonía del lugar.

Tras cosa de una hora yendo de un lado para otro, ambos hombres se miraron a través de sus escafandras de material plástico, con gesto de desaliento.

—Creo que lo mejor será volver a la nave y pensar algo más útil que dar vueltas sin sentido por aquí — sugirió Zoltan, arrugando el ceño.

—Me parece bien —aprobó Erik—, No creo que consigamos nada de este modo. Si hay algún lugar habitado en este peñasco, puede estar muy lejos de nuestro actual emplazamiento.

Los dos hombres, de mutuo acuerdo, iniciaron el regreso a la nave, que destacaba en el negro paraje con su metálico brillo, resplandeciendo al recibir la luz de astros y nebulosas en su superficie aluminizada, color plata.

Una vez dentro de la nave, ambos se sentaron en la cabina de mandos, fatigados por la larga caminata. Su gesto era sombrío, lleno de desaliento.

—No parece muy esperanzador todo lo que nos rodea —apuntó Erik.

—No lo es. Si pudiéramos al menos salir de aquí... Pero es una esperanza perdida. La nave sufre tan graves daños que sólo una reparación a fondo la dejaría en condiciones de volver a navegar. En este planeta no parece haber nada capaz de servimos para repararla, ni tan siquiera para reponer nuestro cargamento de provisiones cuando se agoten.

—Tendremos que racionar severamente los alimentos y bebidas...

—De momento, hay suficiente para mucho tiempo. Piensa que disponemos de las raciones de cinco personas para dos solamente.

Pero aún así, nos administraremos lo mejor posible. Por cierto que empieza a ser la hora de comer y beber algo. Hemos de reponer fuerzas, porque será preciso sepultar en este mundo a nuestros camaradas…

—Dios mío, es cierto —susurró Erik, inclinando la cabeza con abatimiento—. Tenemos que hacerlo. Pobres de todos ellos. Ir a reposar tan lejos de donde nacieron…

—Quizás sospechaban un final así en sus vidas. Como nosotros mismos, Erik. El que elige nuestra profesión, sabe cómo puede terminar un día.

Fue a la cabina almacén y regresó con dos bandejas de alimentos precocinados y deshidratados, que depositó en una cámara encristalada. Accionó manualmente los mandos de la misma, y comenzó su cocción e hidratación, así como la de las bebidas concentradas en otro compartimento.

Poco después, reponían fuerzas con los alimentos habituales y saboreaban dos vasos de zumos recién hidratados mecánicamente. No eran precisamente manjares, pero tenían un sabor agradable y, sobre todo, eran una excelente fuente de vitaminas, proteínas, sales minerales y calorías. Lo preciso para sobrevivir saludablemente.

—Muy bien —suspiró Zoltan—. Y ahora, vamos a proceder al entierro de todos ellos, y después…

— ¡Dios santo, Zoltan, mira *eso!* —clamó inesperadamente Erik con voz agitada, interrumpiendo a su compañero de viaje.

Sorprendido, Zoltan miró hacia donde señalaba Erik. Se trataba de la ventana de forma oval asomada al desértico paisaje. No vio absolutamente nada.

— ¿Y bien? —indagó con extrañeza—. ¿Qué ocurre? Yo no veo nada…

— ¡Yo sí lo he visto, y bien claro! —gruñó Erik, desenfundando su arma y corriendo sin vacilaciones hacia la salida.

—Pero… ¿qué era? —le apremió Zoltan, corriendo tras él, también arma en mano.

— ¡Un rostro, Zoltan! —jadeó el otro—. ¡Un rostro *humano!* Nos estaba espiando desde ahí fuera, con unos ojos que causaban

escalofríos...

CAPÍTULO III

No les costó encontrar al ser humano en cuestión.

Con ello, los temores de Zoltan de que su compañero hubiera perdido el juicio o estuviese viendo alucinaciones, se alejaron definitivamente. Pero fueron reemplazados por otros, no menos inquietantes.

Había seres humanos en aquel planeta. ¿Serían amigos o enemigos?

—Dios mío... —jadeó Zoltan, al verse ante el humano en cuestión—. Pero si es... ¡Si es un niño!

—Que me hagan pedazos si no es así —corroboró Erik, perplejo, encañonando al flaco y pequeño muchacho de piel ligeramente tostada, enormes ojos redondos y oscuros, brazo empapado en sangre, y cuerpecillo frágil y desnutrido que, semidesnudo, con la única excepción de un taparrabos de piel desconocida en tomo a su cintura, se acurrucaba, amedrentado, entre unos negros peñascos, mirándoles con aquellos inmensos ojos suyos, que habían causado el sobresalto de Erik, al vislumbrarlos fijos en ellos desde el otro lado del vidrio.

—Parece inofensivo, Erik —avisó Zoltan, prudente—. No dispares sobre él...

— ¿Inofensivo? Qué sabemos nosotros de esta gente? Es un humano como nosotros. Y nos estaba espiando. Yo no me fiaría demasiado...

—Conforme, pero tampoco puedes matarle o malherirle sólo por no estar seguro de sus intenciones. Además de ser un chiquillo, Erik... observa eso, va desarmado. Sólo lleva esa especie de rama o cayado para apoyarse... Debe sufrir mucho, con semejante herida en el brazo. Se la causó algo muy cortante... como un espadón.

— ¿Y qué quieres que hagamos? ¿Curarle, encima?

—No sería mala idea —aprobó Zoltan, pensativo, acercándose al muchacho. Al ver el miedo con que éste contemplaba su pistola láser en la mano, bajó la misma, sonrió y trató de explicarse con él—: No temas, pequeño. Somos amigos. Gente de paz. Nos hemos estrellado aquí, en tu tierra.

El niño misterioso no pareció entender nada. Se limitó a contemplarle mientras hablaba, encogido sobre sí mismo, sentado en el suelo, junto a las rocas de aspecto basáltico. Luego, su mirada fue a la estructura metálica y brillante de la astronave.

—Sí —afirmó Zoltan—. Esa nave es nuestro vehículo. Sufrió una avería. Se estrelló. No podemos movernos de aquí. Tres amigos nuestros están muertos. Muertos, ¿comprendes? Sólo queremos saber dónde estamos, buscar ayuda...

—Es inútil, Zoltan. No entiende nada. Parece un animal —dijo Erik, despectivo—. Creo que deberíamos ahuyentarle... o matarlo.

—No digas salvajadas —cortó Zoltan, airado. Se volvió al niño. Señaló su brazo—. Estás malherido. Debe dolerte mucho. ¿Quieres que te cure? Te sentirás mejor...

El niño seguía mirándole. Farfulló unos, pocos sonidos, para sorpresa de ambos. Su voz era profunda pero armoniosa. Tema una rara musicalidad. Pero sus expresiones, su lenguaje, era totalmente indescifrable para ambos.

—Habla, pero no le entendemos —resopló Erik.

—Es natural. Tampoco nosotros a él. Estamos en un mundo extraño, remoto. Sólo tiene de semejante con el nuestro el hecho de que haya vida inteligente... y humana por añadidura.

—Humana, quizás. Inteligente..., lo dudo un poco —manifestó Erik, desdeñoso, encogiéndose de hombros— . Es como un animal. Un vulgar salvaje, Zoltan, estoy seguro. Todos sus semejantes aquí deben ser igual... Una raza inferior, sin duda.

Zoltan no respondió. Estaba meditando, con gesto preocupado. En ese momento, ambos se llevaron una de las más grandes sorpresas de su vida.

—Soy inteligente, no animal. Yo..., empiezo a entenderles. ,

Se volvieron, sobresaltados, mirando al niño. De sus labios acababan de brotar aquellas asombrosas palabras, pronunciadas con su grave y melodiosa voz, con una perfección casi absoluta, realmente pasmosa.

—Cielos, ¿he oído bien? —masculló Erik, incrédulo.

—Perfectamente, creo. ¿Y éste era el salvaje inferior? —comentó con ironía Zoltan, contemplando al niño con asombro—. De modo que has podido hablar en nuestra lengua... ¿La oíste antes alguna vez, muchacho?

—No. Nunca.

— ¿Entonces...?

Los grandes ojos oscuros estaban fijos en él con increíble fijeza. La voz del muchacho sonó de nuevo:

—Nuestra mente se adapta fácilmente..., a cualquier lengua extraña. Es una de nuestras facultades, señor. Estaba observándolas, tratando de leer sus pensamientos, su modo de expresión...

— ¿De modo que *lees* los pensamientos? ¿Eres telépata?

—Todos lo somos en Arkania.

— ¿Arkania? —repitió Zoltan.

—Nuestro mundo —sonrió el muchacho—. Es la traducción a vuestra lengua. Mi nombre es Ghor. Mi pueblo es el llamado Zambio. También se le conoce como pueblo maldito.

— ¿Pueblo maldito? ¿Por qué?

—Es una larga historia, señor —una triste sonrisa asomó en

labios del niño enigmático. Luego, esa sonrisa se convirtió en una mueca de dolor profundo. Se tambaleó, al ponerse de rodillas para incorporarse, y cayó atrás, con un gemido—. Mí herida… la sangre perdida… No puedo, señor…

—Está bien. Te llevaremos a bordo y te curaremos —dijo con prontitud Zoltan, iniciándose tras guardar su arma y cargando al muchacho en sus brazos.

—Cuidado, Zoltan —avisó Erik, ceñudo—. No me fío aún de esta gente. Yo no me arriesgaría tanto con un desconocido…

—Está bien, sigue llevando tu arma en la mano, si eso te tranquiliza. Pero deja que haga las cosas a mi modo. Este chico necesita ayuda urgente o puede morir…

Regresaron a bordo de la nave. Momentos más tarde, Zoltan estaba utilizando los medios quirúrgicos y sanitarios de su botiquín, escaso pero dotado de los medios más modernos de cirugía electrónica y de esterilización de heridas. Asimismo, inyectó un calmante y un estimulante al paciente, para ayudarle a una más breve recuperación.

—Ya está —dijo, satisfecho, al concluir la tarea, mirando al pequeño paciente, que sonreía animoso en la mesa de operaciones, puesto que la anestesia había sido solamente local—. Creo que te he dejado como nuevo, muchacho. Afortunadamente, tu organismo es igual que el de cualquier otro humano de mi planeta. Creo que responderá bien a la curación.

En los grandes ojos infantiles había admiración y gratitud. Se incorporó, mirando con asombro su brazo vendado. Lo movió levemente.

—No me duele —dijo—. ¿Eres un mago, señor?

— ¿Mago? No, no —rió Zoltan—. Yo podría pensar eso de ti con más motivo, puesto que sabes leer la mente y expresarte en lenguas que desconoces. Pero imagino que tanto mis métodos curativos como tus facultades sensoriales son producto de un modo de ser o de una genética y una clase de civilización. ¿Es muy adelantada la vuestra?

— ¿Nuestra civilización? Lo fue hace tiempo. Hoy en día, ya no. Sólo existe auténtica civilización, ciencia y técnica, más allá de la muralla invisible.

— ¿La muralla invisible? ¿Qué es eso?

—Lo que rodea La Ciudad.

— ¿La Ciudad? —se excitó Zoltan, cambiando una rápida mirada con Erik—. De modo que hay ciudades aquí... ¿Qué ciudad, Ghor?

—Sólo eso: La Ciudad —explicó el niño con sencillez—. No hay más que una en todo el planeta...

—Vaya, ¿de modo que es eso? Una ciudad... ¿Y el resto?

—Pueblos nómadas y salvajes, como el nuestro. Perseguidos y dispersos, exterminados lentamente...

— ¿Exterminados por quién? ¿Por los de La Ciudad?

—Oh, no, no. Es más complicado que todo eso, señor. Ahora mismo, yo soy el único superviviente de mi propio pueblo...

—El único... Dios mío —Zoltan señaló su brazo—. ˆQuieres decirme, entonces, quién te hizo eso y por qué?

—Claro, señor. Se lo diré. Es más: puedo llevarle donde todo sucedió. Tal vez así lo entienda mejor...

— ¿Llevamos? ¿Adónde? —receló Erik—, Cuidado, Zoltan, podría ser una trampa...

—No digas tonterías. Iremos adonde el muchacho diga. Antes, sepultaremos a nuestros camaradas. ¿Qué te parece, Ghor?

—Muy bien, señor. Yo les guiaré, debe confiar en mí.

—Yo confío, muchacho —sonrió Zoltan.

—Yo, no —cortó Erik, tajante—. Ten en cuenta, muchacho, que te estaré encañonando con esta arma muy de cerca durante todo el camino. Y a la menor señal sospechosa, te agujerearé la cabeza sin remedio y será tu muerte instantánea, ¿está eso claro?

—Sí, señor —asintió con tristes ojos el muchacho, mirando fijo a Erik. Luego se volvió hacia Zoltan y añadió, moviendo la cabeza—: Tu amigo no me gusta. No confía en nadie. No es bueno.

—Me temo que tienes razón, hijo —suspiró Zoltan—. Pero es mi camarada, y debemos seguir juntos en esto, nos guste o no. Sólo que, de momento, soy yo quien da aquí las órdenes... Vamos, Erik.

Sepultemos a nuestros compañeros. Luego, iniciaremos ese viaje con el muchacho..., ocurra lo que ocurra.

* * *

Había sido una lenta caminata, más a causa de la carga que ahora llevaban consigo, consistente en alimentos y líquidos concentrados, así como armamento adecuado para enfrentarse a cualquier peligro. Los rifles de cargas explosivas pesaban bastante, y lo mismo podía decirse de sus mochilas de plástico, repletas de raciones de víveres y líquidos, así como un pequeño botiquín de urgencia.

—No sabemos cuándo volveremos a bordo, ni tan siquiera si vamos a poder volver —había dicho Zoltan a su compañero, antes de emprender la marcha—. De modo que llevaremos cuanto nos haga falta para una larga ausencia de la nave.

Y ahora estaban allí.

En un lugar siniestro, fétido, donde la muerte reinaba por encima de todas las cosas. Cuanto abarcaba la vista no eran sino ruinas de chozas hechas de piedras y de cañas y arbustos, cadáveres medio devorados ya por unos grandes y amenazadores pajarracos de rapiña, y regueros de sangre humana ya seca sobre el negro suelo.

Aquello que contemplaban había sido una vez, evidentemente, un pequeño pueblo nómada o cosa parecida. Ahora no era sino un horrible cementerio de ruinas y de muertos, por donde la violencia asesina había pasado sus negros caballos mortíferos.

Aquello, en suma, había sido el pueblo del pequeño Ghor, el muchacho telépata.

— ¿Por qué no bajas el arma de una vez, Erik? —le reprochó Zoltan a su compañero—. ¿Crees que los muertos van a atacarte acaso?

—No, pero ¿y si aparecen los que causaron todo este honor? —replicó Erik, receloso.

—Me temo que si vuelven, quienquiera que sean, de poco nos

valdrían nuestros medios de defensa. Ghor, muchacho, ¿quién hizo esta masacre?

El niño se acercó a ellos, tras mirar lastimeramente algunos cuerpos, con lágrimas en los ojos, y comenzó a hablar con voz apagada, cada vez más perfecto su modo de pronunciar el lenguaje de los astronautas:

—Nosotros, los zambios, somos un pueblo nómada, que se mueve errante, en pequeñas tribus, por este mundo desolado en busca de un hogar y una paz que nos están negados por causa de los mutantes.

— ¿Quiénes son los mutantes? —quiso saber Zoltan, frunciendo el ceño.

—Los que quedaron de la antigua raza. Se califican a sí mismos como la hermandad de los apestados, y tienen razón para llamarse de ese modo. Realmente, fue como una peste para todos ellos, que formaban una raza fuerte, inteligente y hermosa, al contrario de nosotros, los zambios, que siempre hemos sido débiles, ignorantes y pobres, destinados a vivir errabundos y a no tener patria.

—Conozco el problema, Ghor. En mi mundo también existen pueblos así —confesó con amargura Zoltan—. Tienen otros nombres, pero el hecho es el mismo. Sin embargo, observo que tú has hablado de «mutantes», al referirte a esa gente que un día fue fuerte y poderosa… y también «apestados».

—Así es. Cuando llegó la gran hecatombe, ellos sufrieron directamente sus consecuencias. Sus ciudades orgullosas quedaron arrasadas, su poder se desmoronó, sus grandes obras científicas y técnicas se perdieron para siempre… y ellos quedaron reducidos a lo que son ahora: seres que han sufrido mutaciones genéticas atroces, a causa de las radiaciones de aquella gran hecatombe, y que, como auténticos apestados, deambulan por el planeta que ellos civilizaron hasta la cima del esplendor, odiando a todos los que, como nosotros, sólo sufrieron muy levemente las consecuencias de lo sucedido.

—Odiando… y matando, por lo que veo.

—Cierto, señor —afirmó el muchacho—. Su odio es violento, salvaje y cruel. No toleran la vida de quienes no son ya como ellos. Creo que su degradación genética no sólo afecta a su físico, sino también a sus cerebros, y los ha convertido en auténticos monstruos de maldad y de ferocidad sin límites.

— ¿Y dónde están ellos ahora?

—Nunca se sabe —hizo un vago ademán con su flaco brazo sano, abarcando los oscuros y tétricos alrededores del pueblo aniquilado—. Por ahí, en las sombras, en cualquier parte. Ocultándose de todo y de todos, esperando a las largas noches de Arkania para salir de sus madrigueras ocultando su fealdad y deformaciones, y atacar, destruir, matar indiscriminadamente.

—Sobre esa gran hecatombe que has mencionado, Ghor… ¿supongo que se trató de una horrible guerra, de un enfrentamiento entre hombres de este planeta? ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Llegaron a formar comunidades fuertes y arrogantes, que mantenían sus diferencias entre sí. De tal modo fue eso que olvidaron la fraternidad entre los hombres y se enzarzaron en una lucha sin cuartel entre sí, Cada vez conseguían armas más sofisticadas y destructivas. Hasta que, finalmente, logró alguno de los bandos, no sé cuál, una más devastadora que ninguna. La experimentó, para aterrorizar al adversario…

—Y todo acabó —suspiró Zoltan, sombrío.

—Eso es. Se produjo el caos. Destrucción en cadena, radiaciones letales, extinción de vegetación, aguas contaminadas, ciudades arrasadas, cuerpos mutilados o tullidos que se arrastraban por un suelo candente, tumores incurables que cambiaban la apariencia de los seres supervivientes… Esa fue la llamada gran hecatombe.

—También sabemos algo de eso allí de dónde venimos, Ghor. Los hombres me temo que somos iguales, estemos donde estemos… ¿Fuisteis atacados esta noche por los mutantes, en ese caso?

—Sí. Es la primera vez que nos sucedía a nuestra tribu —miró lastimosamente el hacinamiento de cadáveres y movió la cabeza con dolor—. Y me temo que ha sido la última también para nosotros…

—Al menos, tú sobrevives, muchacho — Zoltan le puso una mano en el hombro—. Ahora, hablemos un poco más de tu mundo. Antes mencionaste un lugar concreto, La Ciudad… ¿Viven también mutantes en aquel lugar?

—Oh, no, no —rechazó vivamente el muchacho—. Nunca he visto a los de dentro, pero sé que no son apestados.

— ¿Qué son, entonces? ¿Quiénes viven allí, en realidad?

—Se les llama los señores de la era científica.

—Un nombre muy rimbombante, la verdad.

—Ninguno sabemos cómo son ellos. Permanecen allí dentro, encerrados siempre en su hermosa y única ciudad, la que sobrevivió al holocausto general. Jamás salen de ella. Y jamás persona alguna ha entrado en su recinto. Ni creo que lo haga jamás.

— ¿Por qué? Tú hablaste antes de una muralla invisible...

—Y existe, señor. Se intenta llegar a la ciudad. Pero hay algo por medio, algo que no se puede ver ni palpar, que le rechaza a uno de inmediato, lanzándole atrás con toda fuerza. Y si se intenta arrojar algo contra ese muro invisible, se produce un enorme chispazo o una llamarada, y el objeto regresa, rechazado violentamente por algo que nadie ve.

—Creo saber lo que es: un campo de energía para impedir el acceso al cualquier extraño —asintió Zoltan—. ¿Estáis seguros de que realmente vive alguien allí?

—Oh, por supuesto. A distancia son visibles los guardianes, moviéndose en sus torres y muros de vigilancia. Y cuando llega la noche, la ciudad se hace resplandeciente de luces y se ve deambular a las personas por sus calles libremente. Pero ninguno de nosotros puede llegar hasta ellos. No nos admiten allí a ninguno. Ni a nosotros, ni por supuesto a los mutantes.

—Entiendo. Los supervivientes que se mantienen sanos y físicamente puros, desean seguir estando, al precio del aislamiento total. Pero imagino que necesitarán alimentos, provisiones de todo género...

—Por lo que he podido ver la única vez que me aproximé a La Ciudad, tienen todo cuanto necesitan, sin necesidad de salir al exterior: jardines, huertos, pabellones con animales, caza y pesca en un bosque y un río encerrados en su área urbana...

— ¿Y todo eso sobrevivió a las radiaciones? Entonces creo saber lo que posee esa ciudad alrededor. Es algo más que un simple campo de fuerza para protegerse de intrusos. Está envuelta en una auténtica campana de fuerza y de aislamiento de todo tipo de radiaciones de inferior potencia a la de su campana protectora, invisible pero tan sólida e inexpugnable como la más recia y poderosa de las murallas. De ese modo, los presuntuosamente llamados señores de la era

científica, viven en su torre de marfil, ajenos al horror y miseria que les rodea, y que posiblemente ellos mismos desencadenaron un día, guiados por su soberbia y su arrogancia de seres superiores.

—Es muy posible que sea como tú dices, señor —afirmó Ghor con mirada de curiosidad e interés fijo en su nuevo amigo de lejanos mundos—. Ahora ya sabes cómo están las cosas en nuestro pobre mundo…

—Sí, me doy cuenta de ello. ¿Me lo has contado todo, muchacho?

—Bueno, hay otro aspecto de la cuestión que he dejado para el final. Existe una especie diferente a los señores de La Ciudad, a nosotros, los zambios, y también a los imitantes…

— ¿De veras? —Zoltan enarcó las cejas, cambiando una mirada con su compañero Erik—. ¿De qué especie se trata, Ghor? Veo que este mundo está lleno de sorpresas…

—Pues verás, señor… Existen unos seres también muy peligrosos a quienes nosotros llamamos…

No llegó a terminar su frase. Algo sucedió en la aldea arrasada que obligó a callar al muchacho, tras lanzar éste un grito vivo de terror, señalando a espaldas de los dos astronautas:

— ¡Cuidado, señores! ¡Ahí detrás…!

Erik juró algo entre dientes, revolviéndose rifle en mano. Zoltan también hizo lo mismo, comprendiendo que un nuevo y desconocido peligro surgía en la noche siniestra del planeta Arkania, para amenazarles ahora directamente a ellos.

No tuvieron tiempo de nada ninguno de los dos. Unos cables silbaron en la sombra, culebreando como reptiles en el aire, y cayeron sobre ellos, sujetándoles los brazos al cuerpo, *y* haciendo caer sus armas de proyectiles explosivos. Simultáneamente, unos brazos lanzaron en la oscuridad unas tupidas mallas sobre ambos astronautas y sobre el joven superviviente de la tribu Zambia, y éstos rodaron por el suelo, entre nubes de denso polvo negro, reducidos a la impotencia, sin la menor posibilidad de defenderse de aquel certero e imprevisible ataque.

Sombras humanas, apenas visibles salvo por sus siluetas recortadas contra las lejanas estrellas del negro cielo nocturno, les

rodearon prestamente. Manos fuertes y vigorosas les alzaron del suelo, conduciéndoles a alguna parte con presteza.

Zoltan mascullό algo, preso entre aquellas fuertes y espesas redes de un material fibroso y resistente que daba la impresión de ser vegetal, antes de ser arrojados con violencia a lomos de un animal, de algo con cuatro patas que tenía todo el aspecto de un caballo, pero de dimensiones virtualmente dobles a las de un vulgar cuadrúpedo terrestre, larga crin amarilla, y cabeza que recordaba más a un rinoceronte que a un equino, puesto que lucía en su hocico dos afilados y ganchudos cuernos que le convertían en un extraño animal, digno de una mitología remota, perdida en la noche de los tiempos.

—Maldita sea, ¿quiénes diablos son esta gente? —farfulló Erik, rabioso y agitándose colérico dentro de su prisión de malla.

La vocecilla grave y melodiosa del joven Ghor les dio en ese momento una ambigua e inquietante respuesta:

—Son quienes iba a mencionaros antes, amigos… *Ellas* son… las amazonas. Y eso significa que vamos a morir sin remedio.

CAPÍTULO IV

Las amazonas.

Mujeres. Eran *mujeres,* después de todo.

Pero Zoltan no había visto en toda su vida mujeres semejantes.

Ahora podía contemplarlas, una vez libre de la densa malla vegetal, pero no de las recias ligaduras que sujetaban sus brazos al cuerpo, inmovilizando totalmente las manos para cualquier acción ofensiva.

Estaban erguidas frente a ellos, en el lugar de destino adonde habían sido conducidos durante horas de pesado cabalgar, cruzados en las monturas sin silla, junto a los recios muslos de las mujeres jinete, virtualmente desnudas en toda su plenitud física, a excepción de una tira de piel no demasiado ancha, que pasaba antre sus piernas, sujeta a la espalda, a guisa de diminuto taparrabos.

—Dios mío, si esto son mujeres, poco podemos esperar de ellas, Zoltan —se quejó Erik al contemplarlas.

Y tenía toda la razón del mundo, pensó su compañero con tristeza. Nunca unas mujeres le habían parecido tan poco femeninas y tan peligrosamente fuertes y bravías como aquellas hembras vigorosas, llenas de músculos, de vello oscuro en sus piernas, en sus axilas, en su vientre y ombligo, e incluso algunas en la piel de su mal encarado rostro, bajo largas melenas descuidadas e hirsutas, de un recio color negro como el azabache.

Erguidas ante ellas, les contemplaban como a extrañas criaturas. No hacían gran caso del joven Ghor, pero sí de Erik y de Zoltan, como si les asombraran sus ropas de vivo color fluorescente, su piel infinitamente más pálida que la de Ghor o la de ellas, y su aspecto en general, que pregonaba la existencia de otra raza muy diferente a la de los habitantes de aquel mundo.

Una de las amazonas, la más alta, que alcanzaría los siete pies de estatura, según calculó mentalmente Zoltan **(1)**, y también al parecer la más autoritaria, emitió algunas palabras roncas, dirigidas a Ghor, mientras agitaba en su recia y poderosa mano un arma semejante a un hacha, pero con la hoja de piedra tallada. Por las apariencias, aquellas mujeres vivían en un ámbito parecido al de las primitivas hembras de la prehistoria en la Tierra.

—Dice Ulah que quiénes sois vosotros y de dónde venís. Ah, y qué son esas raras ropas vuestras —tradujo dócilmente el muchacho.

— ¿Ellas no son telépatas como vosotros? —se interesó Zoltan.

(1) Unos dos metros diez centímetros, aproximadamente.

—No. No lo son. Su mente es bastante primaria. Y son salvajes, crueles y violentas como nadie... ¿Qué le respondo?

—Dile la verdad. Venimos de un planeta llamado Tierra. Somos como embajadores del mismo en Arkania. Y detrás nuestro vendrán cientos de naves con muchos como nosotros, en son de paz si somos bien tratados. Pero dispuestos a destruir a todo el mundo, con armas terribles, si somos maltratados de alguna forma.

— ¿Eso es verdad?

—No. Pero díselo, por si acaso. ¿Ulah es su jefe?

—Más que eso. Ulah es su reina. La amazona negra más poderosa y cruel de todas.

— ¿Amazona negra? —dudó Zoltan—, Sólo tienen la piel morena, como una mulata de mi mundo.

—Pero se llaman así por el color de su cabello. Su tribu rival es la de las amazonas doradas.

— ¿Doradas?

—Sí. Tienen el pelo como oro. Y son casi tan blancas como vosotros, aunque de tono más dorado.

—Entiendo. Son rubias y bronceadas de piel... —asintió Zoltan.

— ¿Rubias? ¿Bronceadas? Sí, así será, si tú lo dices... —empezó a hablar con la llamada Ulah, rápido y seguro en aquel lenguaje seco y gutural que empleaban las amazonas. Ellas escucharon atentamente. Eran al menos un centenar de mujeres de semejantes dimensiones, muy parecidas entre sí. Sus senos eran grandes y macizos, sus carnes duras y musculosas. No tenían gran cosa de femeninas, salvo por el volumen de sus torsos y amplitud de sus caderas.

Se hallaban en una gran caverna, alumbrada por hachones encendidos, de madera resinosa, colgados de los negros muros basálticos. Cuando menos, pensó Zoltan, ya conocían el fuego. Y las armas de piedra.

Ulah gritó algo con rabia, agitando mucho sus brazos. Hubo un murmullo amenazador en las demás mujeres, que contemplaban con

una mezcla de ira y sorpresa a los dos cautivos.

—Ellas se han enfurecido al decirles que podía haber represalias si os causaban daño —explicó Ghor pausado—. No están habituadas a que los hombres se enfrenten a ellas y las amenacen. Aquí, las mujeres amazonas son las más fuertes, las que dominan a los hombres. Como ves, la mutación en ellas sólo alteró su genética en forma de una alteración de hormonas y de glándulas.

—Sí, me doy cuenta de eso. ¿También las rubias son así?

—Más bajas y débiles. Pero igualmente feroces. Cuando se enfrentan unas y otras, las luchas son terroríficas.

—Lo imagino —suspiró Zoltan. Luego, con voz agresiva, le dijo al muchacho—Pues bien, ya que no están habituadas a recibir desafíos del hombre, diles en mi nombre y en el de mi compañero que no las tememos, que estamos dispuestos a ser obedecidos y respetados, y que si nos causan el más leve daño, sufrirán las consecuencias.

—Zoltan, no es prudente portarse así —objetó Erik, alarmado—. Son las que tienen la sartén por el mango ahora. No las irrites demasiado.

—Al diablo con eso —masculló su compañero irritado—. Díselo, Ghor, sin miedo.

—Bueno, si tú insistes... —y muy asustado, el muchacho se apresuró a traducir todo eso al lenguaje primario de las amazonas.

Un clamor furioso acogió esas palabras de Zoltan. Todas ellas, ahora, se encararon con él, agitando sus brazos coléricamente, poniendo gestos virulentos y gritándole cosas que él no entendía. Una de ellas, incluso, le escupió al rostro. Las demás rieron, mostrando dentaduras muy blancas pero rotas en parte por causa quizá de sus bárbaras costumbres.

—Están muy enfadadas, señor —explicó innecesariamente Ghor, retrocediendo un paso, asustado—. Dice Ulah que va a procrear con vosotros, y luego os matará, siguiendo el ritual de la tribu.

— ¿Procrear y luego matarnos? —Zoltan rió entre dientes—. Ya entiendo. Necesitan que su especie perdure. Para ello precisan machos. Luego, como hacen en mi mundo las abejas reina o la mantis religiosa, aniquilan al macho. Dime, ¿qué hacen con su cría, si les sale varón en vez de hembra?

—Lo matan de inmediato —explicó Ghor—. No quieren dejarles crecer para procrear luego con ellos, Dicen que eso debilitaría su raza. Prefieren elegir machos entre las tribus zambias. O, como en este caso, hombres de otras razas que les parezcan idóneos.

—No me disgusta estar con una mujer, aunque sea tan grande y tan poco femenina como esas, después de tanto tiempo de abstinencia —comentó Erik sombrío—. Pero lo de ser muerto después, ya no me hace tanta gracia...

—Diles que no procrearemos —replicó agriamente Zoltan—. No nos pueden obligar. Que nos maten. Pero no les daremos ese gusto.

Ghor trasladó esa réplica a la reina de las amazonas negras. Esta soltó una carcajada. Fue hasta Zoltan, frotó contra su rostro sus enormes senos, y le gritó algo con voz áspera y agresiva. Luego se apartó, riendo de nuevo.

— ¿Qué ha dicho ahora esa matrona gigante, Ghor? —quiso saber Zoltan.

—Que eso importa poco. Ellas os harán beber un afrodisíaco, y queráis o no, procrearéis en un estado de excitación profunda que os llevará a ser pareja de varias amazonas a la vez. Luego, seréis sacrificados a sus dioses de la fertilidad y de la supervivencia.

—De modo que eso sí lo saben, ¿eh? Si el hombre no cede a sus dudosos encantos, ellas recurren a los afrodisíacos... —Zoltan miró a Erik, furioso—. Me temo que no vamos a poder hacer nada contra esas artes, amigo mío.

—Yo no quiero morir —jadeó el otro, angustiado.

—Que no se den cuenta de que temes a la muerte —le avisó fríamente Zoltan—. Se puede morir, pero con dignidad. No dar motivo a estas harpías para la hilaridad.

Les empujaron sin muchos miramientos hacia otra gruta interior, donde había lechos formados con hojas y arbustos, así como cuencos de cáscara de frutos, repletos de un líquido lechoso, posiblemente el afrodisíaco de que habían hablado poco antes. Riendo, las mujeres se fueron tendiendo en sus lechos, siguiendo un orden acaso preestablecido, a la espera de recibir a su macho en el momento adecuado. Era obvio que Ulah iba a ser la primera en ese tumo. Y que Zoltan era su elegido, por el modo en que lo miraba, con una mezcla de arrogancia y de deseo.

Ghor, por su parte, no era destinado a tal ceremonia sexual. Todavía resultaba demasiado joven y demasiado débil, sin duda, para servirles de pareja en la procreación. Zoltan se imaginó que le matarían con ellos, del mismo modo, una vez terminada aquella ceremonia repetida de fertilizar a varías de las amazonas.

—Maldita sea, tiene que haber algún modo de salir de este lío —murmuró Zoltan, viéndose arrastrado por dos amazonas hacia el lecho donde Ulah le esperaba tendida boca arriba, sonriente y autoritaria.

—No sé cuál —se quejó Erik, muy pálido—. Nos han quitado todas las armas y objetos durante el viaje, ya lo has visto. No llevamos nada con qué defendemos...

—Sí, ya me he dado cuenta. Si no fuera por ese maldito afrodisíaco, podría, cuando menos, intentar estrangular a esa mujer mientras le hago el amor... Pero seguramente ese néctar de frutas embotará los sentidos tal y como ellas desean.

—Resignémonos, Zoltan. Creo que nuestro viaje ha tocado a su fin. Si algo lamento, es que vayas a morir a manos de estas salvajes y no a las mías.

— ¿Todavía pensando ahora en tu venganza, maldito idiota? —se irritó Zoltan—, Ya no tiene objeto pensar en eso. Vamos a correr la misma suerte los dos.

— ¡Pero yo no quiero morir! ¡No quiero morir así! —se enfureció Erik, forcejeando en vano con las dos mujeres que le conducían a otro de los lechos, ya dispuesto, y una tomaba un cuenco de aquéllos para hacerle tomar su contenido.

—Al menos, compórtate dignamente en este trance, estúpido —le reprendió secamente Zoltan, ya con el cuenco ante sus ojos, a punto de ser derramado a viva fuerza en su boca, que los nervudos dedos de una de las mujeres abría sin muchas dificultades.

Cuando empezaba a sentir en los labios y el paladar el dulzón sabor fresco de aquel zumo afrodisíaco, ocurrió lo imprevisible, una vez más.

Un alarido brotó del fondo de la gruta, camino de la salida. Todas giraron la cabeza en esa dirección. Una de las amazonas, con el cuerpo atravesado por una lanza, se desplomó pesadamente a la entrada de la cueva, quedando inmóvil. La sangre corrió por su espalda copiosamente.

Ulah lanzó gritos agudos de alarma y las mujeres se olvidaron de ellos, para correr en busca de sus hachas y enfrentarse a algún peligro que llegaba del exterior en ese preciso momento. Un griterío allá fuera, mezclado con golpes y alaridos de agonía, señalaba la presencia de algo amenazador para sus captoras.

— ¿Qué es lo que sucede ahora, Ghor? —preguntó Zoltan al muchacho zambio, que permanecía aterrado y silencioso, en un rincón de la cámara de esponsales, donde iba a ser testigo de los actos sexuales de las primitivas y feroces hembras, sin que a éstas pareciera importarles demasiado tener espectadores.

—Las otras… —jadeó el chico—. Las amazonas doradas… Son ellas. Están atacando.

—Bueno, menos mal. Eso nos da una oportunidad.

— ¿Qué oportunidad? —farfulló Erik, crispado, señalando con un gesto a las dos mujeronas que les escoltaban, mientras Ulah y las otras salían a la caverna exterior para hacer frente a las agresoras—. ¿Crees que puedes hacer algo estando en poder de estas fieras?

—Algo haré —sonrió Zoltan.

E inesperadamente, disparó hacia atrás sus codos, con toda la fuerza de que era capaz, apuntando directamente a las ingles de la mujerona que le tenía bajo control.

El doble impacto, en zona tan dolorosa para la mujer, causó su efecto. La hembra se encogió, emitiendo un aullido de dolor. Ese instante fugaz fue bien aprovechado por el terrestre que, fulminante, conectó unos durísimos puñetazos con ambas manos a los exuberantes y duros pechos de la amazona.

El alarido de ésta, nuevamente golpeada en zona tan delicada, fue de auténtica rabia y exasperación. Buscó con su temible hacha de piedra la cabeza de Zoltan. Pero éste ya había obtenido la iniciativa que buscaba, pese a que la guardiana de Erik se dirigía hacia él, decidida a ayudar a su compañera, mientras allá fuera seguía la barahúnda de gritos, golpes y estertores.

— ¡Vamos, Erik, haz algo! —rugió Zoltan, remachando a su guardiana en ese instante, con un mazazo brutal en su nuca, ya que permanecía doblada por el dolor, y era el momento preciso para intentarlo.

La gigantesca figura femenina se desplomó a pies de Zoltan, ante el asombro de su compañera, que no podía creer que un simple hombre hubiese podido abatir a una amazona. Eso demoró su ataque y, pese a lo tardío y torpe de la acción de Erik, no pudo abatir a Zoltan, como era su intención.

El compañero de Zoltan saltó sobre los anchos hombros desnudos de la hembra, intentando abatirla con sus puños, golpeando repetidamente su cráneo y nuca. La mujer se sacudió con violencia a su adversario, y Erik voló por los aires, despedido por la brutal guerrera, yendo a golpearse en el muro de piedra. Zoltan, al ver venir hacia él a la nueva adversaria, se limitó a aferrar el hacha de piedra que la otra empuñaba, y plantó cara a la enemiga, dispuesto a Ofender su vida hasta morir.

Nuevamente se sorprendió la amazona de la audacia de su masculino rival. Le miró, perpleja, indecisa, y Zoltan tomó la iniciativa, lanzándole un impacto de hacha contra el pecho.

La hoja de piedra, afiladísima, cercenó parte de una de las enormes glándulas mamarias de la mujer de negro pelo, y ésta, con un berrido de inmenso dolor, contempló estupefacta la mutilación sufrida, y la sangre que brotaba tumultuosa de aquel corte, retrocediendo angustiada. Con un grito ronco de rabia, arrojó su hacha contra Zoltan.

Este se inclinó rápido, y el arma de piedra levantó chispas al golpear la pared violentamente. Luego, la inerme y ensangrentada amazona, corrió desesperadamente hacia un hueco situado al fondo de la gruta, sujetándose el seno hendido con ambas manos, enloquecida de dolor. Desapareció por esa salida posterior.

—Lamento hacer esto a una mujer, pero ellas no dudarán en matarnos si nos cogen otra vez...

Erik se reponía dificultosamente de su golpe contra el muro. Zoltan corrió hacia él, le ayudó a levantarse, y le hizo un vivo gesto a Ghor, señalando una galería trasera, aquella por la que la mujer herida había escapado.

—Eso debe ser una salida hacia otra parte. Dejemos que luchen esas mujeres entre sí, y escapemos de aquí, si es posible —silabeó roncamente.

—Pero todos nuestros equipos y armas están en su poder, allá fuera... —se quejó Erik.

—Deja que se queden ahí. Si intentamos recuperarlos, dejaríamos también la vida. Vamos, no perdamos tiempo, maldita sea.

Iniciaron la retirada. Sólo la iniciaron.

Un grito potente, sonoro, a espaldas suyas, les frenó en seco. Zoltan giró la cabeza, alarmado.

Descubrió a una arrogante hembra rubia, erguida en la entrada de la gruta, con una ensangrentada Tanza en su mano, el cabello dorado, largo hasta la cintura, envolviendo su total desnudez, broncínea y arrogante. Era menos alta que las amazonas negras, pero aún así, tan alta como el propio Zoltan. Sus senos eran grandes pero armoniosos y firmes, sus carnes prietas y fuertes, pero menos musculosas y varoniles que las de sus enemigas morenas.

— ¡Es Golda, la reina dorada! —gritó Ghor—, ¡Ha ordenado que nos detengamos o moriremos!

—Y parece que puede cumplir su amenaza —se quejó Erik, señalando hacia la esplendorosa amazona rubia—. Mira lo que asoma detrás.

Flanqueado a la mujer del cabello de oro, asomaron otras cuatro hembras, tan rubias como ella, aunque quizá menos hermosas y de figura más musculosa, empuñando lanzas y cuchillos de metal toscamente tallado. Su gesto era amenazador y duro, aunque no tan desagradable como el de sus adversarias.

—Está bien —suspiró Zoltan, alzando sus brazos con las manos bien abiertas—. Diles que nos entregamos, Ghor. Después de todo, no sé si habremos ganado algo. En todo caso, disponer de una mejor pareja antes de morir. Porque imagino que esas mujeres tienen las mismas bárbaras costumbres que sus adversarias, ¿no?

—Dicen que sí, pero de ellas se sabe poco —comentó el muchacho zambio—. Viven muy aisladas en las regiones del norte, habitualmente, excepto cuando inician una correría como debe suceder ahora, en busca de alimentos y pelea.

Le habló a la rubia amazona con voz pausada. Ella escuchó, afirmando con la cabeza. Tenía unos extraños ojos, también dorados, relampagueantes y fieros, en un rostro hermoso, agresivo, de carnosa boca grande, plena de sensualidad. Sus muslos desnudos, parecían columnas de bronce, firmemente asentadas en el suelo rocoso de la caverna.

Ella respondió con aquella voz suya, dura y brusca, singularmente sonora, de profundos matices. Su lengua parecía algo menos áspera que la de las otras mujeres de pelo negro.

—La reina Golda dice que han vencido a Ulah y a sus amazonas negras. Huyeron, dejando muchas de su grupo sin vida en la batalla —explicó Ghor—, Ahora, vosotros sois sus prisioneros. Y deberéis ser también sus machos para la reproducción.

—Ya estamos en lo mismo —se lamentó Erik, humedeciendo sus labios resecos nerviosamente—. Hemos salido de un mal para caer en otro, Zoltan.

—Al menos, hemos ganado en las parejas —dijo éste con cierto amargo sentido del humor—. Creo que ni siquiera necesitaré afrodisíaco si esa reina rubia me elige a mí para el ritual de la procreación.

—Muy gracioso —se quejó Erik, mirándole enfurecido—, ¿Crees que es divertido gozar de una hembra, atractiva o no, para luego morir?

—Nunca se lo pregunté a una abeja o a un mantis macho —se encogió Zoltan de hombros—. De todas formas, éste parece ser nuestro destino, nos guste o no.

La amazona dorada habló de nuevo, mientras sus mujeres se dispersaban por la cámara, derribando a puntapiés los cuencos de afrodisíacos, y haciendo entre sí comentarios irónicos entre risotadas. Ghor la escuchó atentamente, luego asintió, con un brillo en sus ojos, se inclinó ante la rubia hembra, con aire agradecido, y se apresuró a explicar a los dos astronautas:

—Golda es muy generosa. Me perdona la vida y dice que puedo irme de aquí ahora mismo. Pero vosotros sois sus prisioneros. Dice que tú eres hermoso, señor —se dirigió a Zoltan, y Erik torció el gesto, dirigiendo de soslayo una mirada de rencor a su compañero—. Y que eres su pareja desde ahora.

—Dile que tendrá que darme algo de esos afrodisíacos que sus subordinadas están derribando —replicó Zoltan, altivo—. Por hermosa que sea una mujer, no hago el amor con ella para luego dejarme matar estúpidamente. No sentiré nada para hacerla feliz ni para darle hijo alguno, díselo. Que me mate ahora y no espere más. Estoy harto de todas estas amazonas del diablo, sean del color que sean.

Ghor pareció asustado.

— ¿Le digo eso, señor? —se inquietó—. ¿Con esas mismas palabras?

— ¡Sí, díselo! —exigió Zoltan, rotundo.

La hembra rubia le contemplaba con gesto perplejo. Enarcó las cejas al verle gritar con aspereza, pero no despegó los labios, a la espera de la traducción de Ghor.

Cuando le escuchó, contra lo que esperaban los dos astronautas terrestres, la hermosa rubia no reaccionó con violencia ni ira. Sonrió lentamente, entornó sus dorados ojos para fijarlos en Zoltan fríamente, y respondió con lentitud, con rara y sospechosa serenidad en su tono, que hizo fruncir el ceño de Zoltan. Lo que dijo, era evidente que no sólo sorprendía a Ghor, sino que le alegraba.

—Oh, señor, debes sentirte contento ahora —se apresuró a informarle—. La reina Ulah ha decidido nombrarte su pareja oficial. Pasarás a formar parte del pueblo de las amazonas doradas, y serás el macho amante de su reina hasta tener hijos y formar una dinastía de reyes. Ella no mata a los machos. Es más, serás tú el primero en su vida que la posea, pues ella es virgen y desea una hija. Pero que deberás aceptar su autoridad, y no gritar ni soliviantarte, porque en su pueblo manda la mujer, y ella es quien da las órdenes y te exige obediencia, como reina y como mujer.

— ¿Eso ha dicho? ¿Y qué dice de mi amigo Erik?

—Bueno… —Ghor pareció algo embarazado en ese punto—. Ella ha dicho que él no es de su gusto, ni tampoco del de sus mujeres. No le quieren. De modo que puede irse con las amazonas negras, si lo desea, o salir de aquí conmigo… o ser muerto, si rechaza ambas posibilidades. Dice Golda que tu amigo no le inspira confianza ni le atrae en absoluto.

—Muy bien, Zoltan. Ya tienes tu gran ocasión —dijo Erik sarcástico, con la faz muy pálida—. Dile a esa rubia zorra que si a todo, y permite que me maten. Así salvarás tu vida y, una vez más, una mujer te elegirá a ti antes que a mí. Con la ventaja para tu persona de que, de paso, te deshaces de mí.

—Estás diciendo otra vez estupideces, Erik —le cortó, desabrido —. Yo no soy como tú. No odio a nadie ni siento tanto rencor ni despecho hacia persona alguna. Escucha, Ghor. Vas a decirle dos cosas

a esa altanera rubia: que mi amigo se quedará conmigo, en donde sea, le guste o no. Y que si acepto ser su pareja, como ella quiere, será a cambio de ser yo quien mande, quien dé las órdenes. No a su pueblo, hasta que ella así lo desee, pero sí a ella, a su persona, ¿está eso claro?

— ¿Crees que es prudente decirle eso? —tembló el muchacho zambio.

—Tú díselo. A ver qué decide ella.

Chor le expuso con rapidez y tono medroso lo que dijera Zoltan. Los ojos de dorado brillo fulguraron furiosos esta vez. La rubia hembra le miró arrogante, agresiva. Negó con la cabeza firmemente. Y dijo algo brusco, rápido, rotundo.

—Dice ella, señor, que no tolera a nadie por encima de su persona. Que deberás obedecer..., o demostrar si eres digno de dar órdenes y considerarte más fuerte que ella. La única forma de hacerlo es pelear con las manos desnudas, frente a frente los dos. Pero te aviso que nunca podrás vencerla. En eso, ellas son maestras, señor.

—Ya veremos —suspiró Zoltan, comenzando a despojarse de sus ropas de astronauta, ante la mirada fija e inquisitiva de la mujer rubia —. En mi mundo, incluso los que siempre ganan terminan por perder una vez. Puede ser ésta.

— ¿Vas a luchar con ella, entonces?

—Parece evidente, ¿no?

Ghor se lo dijo a ella. La rubia rió, desdeñosa, y dijo algo. Sus compañeras formaron un corro interesado y curioso en tomo a ambos, como un anillo en cuyo centro quedaban el hombre y la mujer, frente a frente. Ella engarrió sus manos, agazapándose ligeramente, puesta en guardia. Antes de eso, arrojó su lanza al suelo.

—Ella dice que es un error —tradujo el zambio—. Ahora no tendrá más remedio que matarte. Es la ley de su pueblo. El vencedor siempre mata al vencido. Es la prueba de su fuerza y de su poder. Lo siente, porque le gustabas. Pero tiene que hacerlo Te advierte que su fuerza física es terrible. Puede despedazar lo que quiera entre sus manos. Mira eso: es sólo una prueba de su poderío, señor...

Zoltan miró fijamente a su antagonista femenina. Esta, con aire de suficiencia, se había inclinado, tomando un trozo de negra piedra del suelo. La apretó entre sus dedos. Sorprendentemente, sonó una

serie de ásperos crujidos.

Y la piedra se desmoronó de su mano, convertida en pequeños fragmentos. Había logrado triturarla con la simple presión de sus dedos.

—Cielos, es peor de lo que imaginaba —resopló Zoltan, impresionado, quitándose su última prenda espacial. y quedando solamente ante su temible adversaria, desnudo casi totalmente, con sus músculos y nervios en tensión.

Golda, la hermosa y salvaje reina rubia, emitió en ese momento un agudo grito bélico, capaz de erizar los cabellos a cualquiera, y se arrojó sobre su enemigo, con las temibles manos por delante, dispuesta a hacer mortal presa en él...

CAPÍTULO V

Zoltan sabía que, de ser presa de aquellas manos femeninas, su muerte era segura. Unos dedos capaces de triturar una dura piedra con una leve presión, podían desgajar su carne y astillar sus huesos con la mayor facilidad. Aquella hembra, además, poseía junto a esa fuerza de titán la agilidad elástica de una pantera.

Su primer cuidado, por tanto, consistió en evitar el contacto directo con ella. De un ágil salto lateral, consiguió que la rubia enemiga, pasara como un obús junto a él, encontrando el vacio donde una décima de segundo antes estaba su cuerpo.

Golda emitió un grito ronco y furioso, revolviéndose en un palmo de terreno. Los desnudos pies se afianzaron en el resbaladizo suelo negro como si fuesen manos, y pudo dar un giro rápido y perfecto a su espléndido cuerpo, para poder iniciar un segundo asalto contra Zoltan. Pero ya éste, a su vez, había pasado al contraataque, logrando disparar su brazo zurdo y pegar en el costado zurdo de Golda un seco mazazo que ella acusó con un jadeo de disgusto y dolor, encogiéndose ligeramente.

Pero ese golpe aumentó su coraje, y brincó sobre Zoltan lo mismo que un tigre rabioso. Esta vez no pudo evitar el terrestre que las manos férreas de la mujer alcanzasen sus hombros, justo sobre las clavículas. Los dedos, como tenazas, se cerraron en ellos, presionando brutalmente, con una fuerza insospechada. Los pies de Golda se dispararon en el aire, simultáneamente, martilleando de forma brutal las espaldas del joven terrestre.

Cayó éste de rodillas. Sintió crujir sus huesos en los hombros, y la carne cedía, dócil como gelatina, bajo aquellos dedos mortíferos. En un arranque de furia y de frenético afán de supervivencia, se lanzó en una cabriola impresionante, volteando sobre si mismo en el suelo, hasta golpear salvajemente el muro de dura piedra negra.

La maniobra fue tan imprevisible para la técnica luchadora de la amazona dorada, que Golda salió disparada, perdiendo su contacto con las clavículas de Zoltan, y éste respiró aliviado, al sentirse libre, aunque la sensación lacerante de sus hombros dañados casi le hacían perder el sentido.

Rugió la rubia hembra, dando tumbos por el suelo, mientras los jadeos y exclamaciones feroces de sus seguidoras espoleaban su rabia de luchadora nata. Se incorporó con un brinco elástico, dispuesta a no dar el menor cuartel a su enemigo. Luego, se dirigió hacia él agazapada, con la cabeza baja, sus poderosos brazos por delante. Un hilo de sangre corría de su nariz, golpeada contra el muro, y un hematoma empezaba a asomar en su dorada piel, bajo el ojo izquierdo.

Zoltan sonrió, dominando su dolor, para sentirse ante aquellas mujeres más seguro de sí mismo que nunca. Captó los rostros ansiosos y feroces de las amazonas, la expresión entre medrosa y sobrecogida de Ghor y de su compañero Erik. Esperó a pie firme, con la mayor sangre fría, el acoso furibundo de la reina de las amazonas rubias.

Cuando Golda llegaba a su alcance y el impacto de ambos

cuerpos parecía inevitable, Zoltan saltó inverosímilmente en el aire, de modo que su figura, habituada en las prácticas de astronauta a grandes prodigios acrobáticos, pero también ayudado por la menor fuerza de gravedad de aquel mundo, que reducía su peso a la mitad y doblaba, por tanto, su elasticidad y fluidez al doble, salvó por encima del cuerpo agazapado de la mujer un amplio arco de distancia, para aterrizar a sus espaldas con las piernas flexionadas, los pies firmemente asentados en tierra.

Golda lanzó un grito de sorpresa y desorientación ante la maniobra de su antagonista. Intentó volverse de nuevo, pero esta vez era él la persona más rápida de los dos luchadores.

Se precipitó sobre la peligrosa mujer del cabello dorado con la rapidez de un relámpago, espoleando por su propio dolor en hombros y espalda y por su afán de salir triunfante de aquel enfrentamiento feroz, a cualquier precio. Sabía positivamente que la fuerza física y la agresividad de aquella hembra era muy superior a la suya, y el sexo nada tenía que ver en estas facultades asombrosas de las luchadoras de Arkania. Pero puso en el empeño toda su voluntad y afán de superación, esperando salir triunfante.

Cayó sobre las espaldas tersas y magnificas de la desnuda mujer. No la martilleó allí, aunque sabía que hubiera sido eficaz, porque no deseaba dañar a una hembra en sus espaldas. No a aquélla, cuando menos.

En vez de ello, cerró sus piernas en tremendo dogal sobre su cintura, y un brazo en tomo al cuello de la luchadora, que forcejeó rabiosa contra él, elevando sus manos para tratar de destrozarle ese brazo que la asfixiaba.

Zoltan tenía ya para entonces una idea que puso en práctica con la máxima rapidez, ya que de ello dependía por completo su victoria o su derrota. Y, por tanto, su vida o su muerte.

Su mano libre se dirigió a un centro nervioso de la rubia. Lo presionó con fuerza y precisión. En el acto, ella acusó esa manipulación. Se puso rígida. Sus manos se agitaron en vano. Zoltan presionó otro centro nervioso, inmediato a su nuca, con hábiles y precisos dedos.

Esta vez, la rigidez de ella fu: total. Completamente paralizada, se desplomó al suelo de bruces, dejando de luchar. Ante el pasmo general, Zoltan la soltó, respirando con fuerza, y se quedó en pie,

junto a la inmóvil guerrera, sonriendo a las desorientadas amazonas.

—Diles que he vencido —pidió a Ghor—, Diles que he demostrado ser el más fuerte, sin necesidad de causarle heridas a su reina.

El atónito muchacho así lo hizo. Las mujeres tuvieron una inmediata reacción que, en principio, sobresaltó a Zoltan. Enarbolaron con rabia sus lanzas, y las alzaron por encima de sus cabezas, emitiendo gritos guturales y furiosos. Las lanzas señalaron primero hacia él. Y finalmente, a su abatida reina.

—Dicen que te aceptan como a su rey, puesto que eres el primer hombre que demuestra ser más poderoso que las mujeres —explicó Ghor—. Pero que la ley te permite matar a la que has vencido. Mátala. Es lo que te piden.

Zoltan miró a la inerte Golda. Luego, a sus súbditas, ahora tan feroces con ella. Negó lentamente con la cabeza.

—No —dijo—. Explícales que yo no mato a la vencida. Que solo he probado quién es el más fuerte, y nada más. Si ahora ella sigue deseando ser mi compañera, lo será. Pero seguirá siendo su reina. Y yo quien mande en ella. Eso es todo.

Ghor trasladó esas frases a las mujeres. Ellas le miraron, perplejas, sin entender. Zoltan, tranquilo, se inclinó. Todas esperaban lo que iba a hacer. Presionó de nuevo los centros nerviosos de modo adecuado. Volvió la vida al cuerpo inerte. Tembló Golda, para después girar sobre sí misma y mirar a Zoltan, sorprendida. El había puesto en ese momento una rodilla sobre su estómago, y una mano en su dorado cabello, suave como la seda. Los ojos de oro le miraron larga, extrañamente.

Dijo algo de breves silabas tajantes, con voz entrecortada, mortecinas sus pupilas.

—Ordena que la mates —habló Ghor.

—No —negó Zoltan, dirigiéndose a ella y moviendo la cabeza negativamente—. No te voy a matar. Eres mía. Te he vencido y me perteneces. Eso es todo.

Ghor le tradujo esas palabras. Atónita, Golda siguió mirándole sin entender. Zoltan le sonrió suavemente. Alargó su mano. Acarició su cabello, sus mejillas. Luego pasó sus dedos con dulzura sobre el

cuello y senos de la desnuda mujer. Ella se estremeció, entornando los párpados.

Musitó algo:

—Golda… —dijo. Y añadió una frase más que no entendía.

Ghor le tradujo, radiante:

—Ha dicho: «Golda tuya, mi amo y señor».

—Entiendo —Zoltan siguió sus caricias y le dijo lentamente a ella—: Zoltan es tuyo… y tú de Zoltan, mi hermosa señora…

—«Zol… tan… es tu… yo… —repitió ella con lentitud, pero con sorprendente nitidez—. Y tú… de Zoltan.. mi hermosa… señora…»

—Eso es, Golda. Tienes que aprender mi lengua. Y yo la tuya —afirmó Zoltan.

Ghor de nuevo sirvió de intérprete. Ella afirmó. Se puso en.pie, ayudada por Zoltan. Iba a rechazar su ayuda, pero él presionó con fuerza su mano. Ella dudó. Al fin, sus sensuales labios dibujaron una sonrisa. Asintió, sometida, dócil. Y se dejó ayudar.

Las mujeres se miraban todas entre sí, perplejas. La reina les habló. Ghor iba a traducirle. Zoltan le detuvo con un gesto. Había entendido dos veces la palabra «Zoltan» en la arenga de la rubia amazona.

—Creo entender que ha dicho que yo soy su amo y señor. Y su rey. Que respeto su vida y somos ahora pareja unida para remar con las amazonas…

—Algo parecido, si. Te acepta como el más fuerte. Y dice que eres generoso y noble, además de hermoso. Tus órdenes serán ley para su pueblo.

—Bien. Entonces, mi primera orden es que tú y mi compañero Erik seguiréis conmigo. Ghor será mi ayudante en todo. Erik tendrá que ser aceptado por alguna amazona. Ambos tenéis derecho a la vida y al asilo del pueblo de las amazonas doradas, porque yo así lo ordeno.

Ghor tradujo esas palabras a Golda. Ella afirmó despacio, sonriente. Se lo explicó a sus subordinadas. Las rubias hembras

miraron, dubitativas, a Erik. Evidentemente, no le encontraban atractivo. Pero al fin, una de ellas se acercó a Erik y le tomó del brazo. El la miró, disgustado.

—Zoltan… —dijo Golda, volviéndose a él.

—Sí —afirmó él lentamente—. Sí, Golda. Está bien así.

—Está… bien… así… —repitió ella dulcemente—. Tú… Zoltan. Yo… Golda.

—Así es. Eres mi reina —y se inclinó sobre ella, besando sus labios con ternura.

Las amazonas rieron, disponiéndose a sentarse en círculo y asistir a los esponsales de ambos. Zoltan negó, rotundo. Las señaló.

—Ellas, fuera —dijo—. ¡Fuera! Tú… y yo… solos.

Sus gestos eran expresivos. Ghor nada tradujo. Golda afirmó con la cabeza. Habló con sus mujeres. Sorprendidas, éstas se miraron entre si. Luego, lentamente, abandonaron la gruta, llevando consigo a Erik. Ghor sonrió a Zoltan y les siguió a todos.

—Bien, Golda —asintió ahora Zoltan, rodeándola con sus brazos —. Zoltan es tuyo… y tú de Zoltan…

Tras repetir su frase ella nuevamente, se dejó tender en uno de los lechos de hojarasca, dócilmente. Zoltan se deslizó sobre ella. Sus bocas se unieron. Los brazos de cada uno estrecharon al otro. Los cuerpos desnudos se fundieron en uno solo…

* * *

—¿Feliz?

—Sí. ¿Por qué no iba a serlo?

—No sé… Este mundo es diferente. Tu mundo sería mejor, ¿verdad?

—Depende de cómo se miren las cosas. Seguramente no tardando mucho, mi mundo sea como el tuyo, Golda: ruinas,

mutantes, radiaciones, retomo a lo primitivo, a lo arcaico, por culpa de los mismos hombres...

Paseó luego por el paraje salpicado de arbustos áridos, resecos, bajo aquel extraño día de Arkania, dotado de dos soles gemelos, brillando esplendorosos, con su luz ambarina, allá en el cielo sin nubes.

Golda le contempló desde las rocas donde se sentaba, brillando a la doble luz solar el bronceado suave de su tersa piel semidesnuda. Ahora, una piel cubría su entrepierna, y otra parte de sus espléndidos senos. Ella no parecía entender bien el porqué de esas ropas sobre su habitual desnudez. Zoltan tampoco se lo había explicado. Sería difícil hacer comprender a aquella muchacha de instintos primitivos, sin malicia ni prejuicios, que Ghor y Erik eran dos hombres y no debían ver su desnudez día tras días, en la región donde moraban las amazonas doradas.

—Es difícil entender todo lo que dices —musitó ella—. Eres complicado...

—Todos los humanos lo somos cuando dejamos de ser criaturas sencillas y puras como tú —dijo Zoltan encogiéndose de hombros—. Además, sólo llevo a tu lado diez jomadas de Arkania, que son algo más breves que los días terrestres. Para tan corto espacio de tiempo, Golda, has hecho grandes progresos hablando y entendiendo mi lengua.

—Ghor me ayuda —sonrió ella—. Entrena mi... mi mente, ¿no se dice así?

—Sí, exacto. Tu mente —afirmó Zoltan acariciando los rubios y larguísimo cabellos de la joven reina de las amazonas—. Estás despertando al conocimiento de cosas que no imaginaste nunca, no sé si para bien o para mal. Eres inteligente, y eso es lo que cuenta.

—Me siento feliz a tu lado —suspiró ella, apoyando su rubia cabeza en el hombro de él—. Es más hermoso que el hombre sea el más fuerte, el que domine...

—Eso lo dices porque no conociste a las feministas de mi planeta —rió de buena gana el joven astronauta, atrayéndola hacia sí—. Lo cierto es que quisiera poder hacer mucho más por todos vosotros en este mundo. Devolveros algo de lo perdido, al menos lo que resultaba positivo: progreso, cosechas, una vida más digna que arrastrarse como animales por páramos y desiertos, en busca de un alimento cada vez

más difícil.

—Temo no entender otra vez —se quejó ella tristemente, mirándole con pesar.

—No te preocupes —sonrió él—. Ya lo entenderás algún día. Ahora voy a ver cómo van las pruebas para obtener tierra productiva en esa hondonada...

Besó los carnosos labios de ella y se encaminó a un cercano punto del árido paraje, donde una alta pared rocosa prestaba a una extensión de tierra salpicada de matojos, en una hondonada profunda.

Al fondo, varias mujeres trabajaban la tierra, intentando abonarla para producir algo comestible. Ghor dirigía las operaciones, porque el pueblo zambio había sido en tiempos pasados una sociedad agrícola por encima de todo. Al ver a Zoltan, el muchacho meneó la cabeza con pesimismo.

—No sé si servirá de algo, señor —dijo dubitativo—. La tierra sigue calcinada por las armas radiactivas de la gran hecatombe...

—Lo imagino. Pero quizás intentándolo constantemente podamos conseguir algo en breve. De todos modos, hay que seguir probando.

— ¿Es que piensas quedarte aquí para siempre, rodeado de estas salvajes?

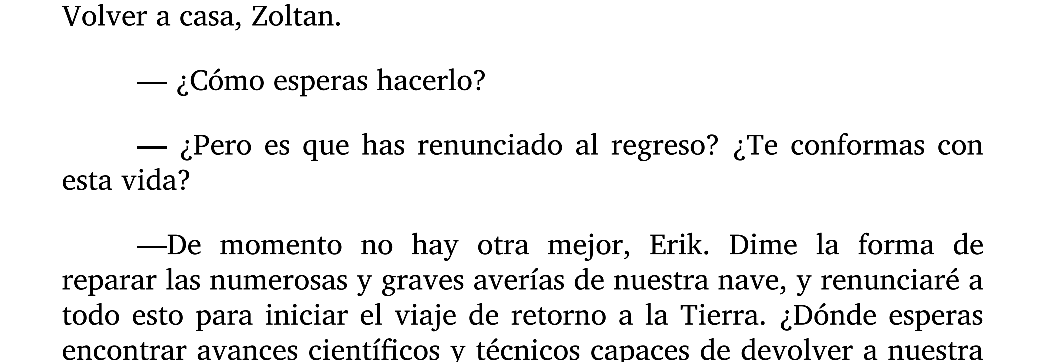
Se volvió. La voz de Erik, desabrida y áspera, había sido la que le interpelara de ese modo. Le miró pensativo. El aspecto de Erik, sin afeitar y despeinado, era peor de lo habitual. Tenía los ojos enrojecidos y un rictus de cólera y desaliento en su rostro.

— ¿Se te ocurre otra cosa mejor? —indagó Zoltan, intranquilo.

— ¡No soporto más esto, maldita sea! —bramó Erik, airado—. Esa mujer que se ha quedado conmigo... Es muy distinta a tu reina. Nada inteligente, primitiva y brutal. Sólo desea sexo a todas horas.

— ¿Y de qué te quejas? —rió Zoltan de buen humor.

—Escucha, comandante Zoltan, por todos los diablos. Estoy harto de esto. De esa maldita mujer, de todas esas mujeres que parecen animales, de este pueblo primitivo, de sus bárbaras costumbres, de este planeta asqueroso... ¡de todo! Quiero volver.



Volver a casa, Zoltan.

— ¿Cómo esperas hacerlo?

— ¿Pero es que has renunciado al regreso? ¿Te conformas con esta vida?

—De momento no hay otra mejor, Erik. Dime la forma de reparar las numerosas y graves averías de nuestra nave, y renunciaré a todo esto para iniciar el viaje de retorno a la Tierra. ¿Dónde esperas encontrar avances científicos y técnicos capaces de devolver a nuestra nave el funcionamiento?

—Puede haber un sitio: La Ciudad.

— ¡La Ciudad! No digas tonterías. Ambos sabemos que está protegida por una campana de fuerza capaz de soportar cualquier cosa. No disponemos de medios alguno para neutralizar esa fuerza. Aquello es como una estrella: podríamos verla pero no alcanzarla, Erik.

— ¿Has hablado de ello con esa reina tuya?

—Claro que he hablado. Conoce La Ciudad, como la conoce Ghor, como la conocen todos aquí: es un reducto inexpugnable, un sueño bloqueado por una minoría de élite encerrada allí, con sus medios de vida suficientes como para renunciar al peligroso exterior. El origen de esa fuerza que la recubre, está dentro de la propia urbe, de modo que sería inútil intentar romperla con nada de cuanto poseemos, incluidas nuestras pistolas láser o nuestros rifles de cargas explosivas. Sabes que una campana de fuerza puede soportar todo eso sin sufrir resquebrajamiento alguno.

— ¿Y la espada de oro de Zoltan?

Este enmudeció. Miró sorprendido a su amigo. Arrugó el ceño.

— ¿Qué sabes tú de la espada de oro? —preguntó por fin con voz grave,

—Lo mismo que tú, posiblemente. Ella me lo ha contado.

— ¿Ella?

—Ya sabes: Dunka, mi pareja. Ella ha visto esa espada.

—Sí, también la ha visto Golda.

— ¿Entonces...?

—Mira, Erik, eso puede ser una simple leyenda, una utopía de esta gente, sin el menor viso de realidad.

— ¡La han visto! —rugió Erik—. ¡Dicen que lo puede todo! Absolutamente *todo*...

—En la Tierra hemos oído leyendas parecidas. Erik: la Tizona del Cid, la Excalibur del rey Arturo... Nunca se supo realmente si existieron más allá de la imaginación de juglares y cantores. Lo mismo le puede suceder a esa espada de oro.

— ¿Y su resplandor? ¿Y la hoja que todas estas amazonas han visto en varias ocasiones, allá en lo alto de la Cumbre Negra?

—Pudo ser un simple reflejo en alguna piedra, o un fenómeno de difícil explicación. Eso de la espada de oro que devolverá la vida y la esperanza a este mundo, sólo es una leyenda, un mito que corre de boca en boca de gentes que ya han perdido toda fe en su futuro. No hay espada que pueda devolver a estos pueblos todo lo que les quitó la guerra devastadora que sufrieron un día.

— ¡Pues yo buscaría esa endiablada espada, sea real o no, antes que someterme a vivir aquí, vegetando entre esas mujeres primitivas!

—Estas mujeres son buenas y nobles, Erik. Es su forma de vida lo que las hizo como son. No debemos culparlas de nada. Es más, se desviven por hacernos grata la vida en su mundo.

—Oh, claro. Tú puedes estar satisfecho: posees a la mujer más hermosa, más deseable, más perfecta de todas... ¿Por qué siempre has de hacer lo mismo, Zoltan? Siempre tú, interponiéndote entre mi felicidad y mi persona...

— ¿Qué te ocurre ahora? ¿Acaso deseas o amas a Golda? Ella me eligió a mí, no a ti. Es más, te desterraban o te condenaban, y yo logré que te aceptaran en su comunidad.

—Ya sé, ya sé. Te debo la vida, y debo estarte agradecido. ¿No es cierto? ¡Pues no, no lo estoy! —aulló Erik, frenético, alejándose de él, con las manos aferrando su cabeza—, ¡No soporto más esta pesadilla! ¡No resisto un momento más en este sucio y odioso mundo, rodeado de estas bestias prehistóricas!

Se perdió entre los peñascos mascullando maldiciones. Ghor

salía en ese momento de la zanja donde se estaban llevando a cabo los intentos de cultivo. Se quedó mirando al que se marchaba. Luego, dirigió sus grandes ojos preocupados hacia Zoltan.

—Tu amigo no quiere seguir aquí —dijo—. Es violento y malhumorado. Las mujeres quieren ayudarle, pero le odian por su comportamiento brutal y agresivo.

—Tienen razón para ello. Erik es un hombre difícil, muy difícil. Siempre se cree marginado, víctima de los demás... —Zoltan movió su cabeza, abatido. Apoyó un brazo en el hombro del muchacho, y tras un silencio, le hizo una breve pregunta—: Dime, Ghor... ¿qué sabes tú de la espada de oro?

El muchacho zambio le dirigió una mirada medrosa.

—Oh, la espada... —susurró—. ¿Te han hablado de ella?

—Claro. Golda me contó esa leyenda. Erik también la conoce. Desea alcanzarla.

— ¿Alcanzar la espada de oro? —Ghor meneó la cabeza negativamente—. Imposible.

— ¿Por qué imposible?

—El nunca podría alcanzarla. Dice la leyenda que un ser distinto, llegado de los cielos en una noche tenebrosa, un ser noble, valeroso y abnegado, se sacrificará por todos, alcanzando la espada con riesgo de su propia vida, para salvar la de otros seres. El día en que eso suceda, la espada de oro se convertirá en el arma más fuerte de todas, y será capaz de exterminar a todos los enemigos de la paz, del amor y de la fe, con la sola ayuda del brazo heroico que la empuñe.

— ¿Esa es la leyenda?

—Sí, esa es.

— ¿Y de cuándo data?

—De los tiempos oscuros que siguieron a la gran hecatombe, cuando todos necesitábamos creer en algo para seguir viviendo.

— ¿Crees que existe realmente la espada?

— ¡Claro que existe! —afirmó rotundo Ghor, abriendo mucho

sus enormes ojos—. Yo mismo la he visto, señor.

— ¿Tú? —Zoltan le miró, interesado—, ¿Estás seguro de eso?

—Si no lo estuviera, no lo diría. Una vez, con mi pueblo, estuve cerca de la cumbre negra. Son tierras siniestras, llenas de peligros, de mutantes... e incluso de alimañas victimas también de las mutaciones provocadas en los animales de este planeta.

— ¿Cómo la viste? ¿Cómo es, exactamente?

—Se la ve en la distancia, con claridad, sobre todo al llegar la noche. Su hoja, hincada en la piedra, resplandece como si fuese de puro fuego dorado. Luego posee una empuñadura como cualquier espada... Una gran empuñadura en forma de cruz...

— ¿Seguro que la hoja resplandece y está incrustada en la piedra?

—Seguro, sí. La contemplé una noche durante horas enteras. Era maravilloso verla allí, como una esperanza, como una promesa para todos. Sólo falta el brazo que debe empuñarla un día para salvarnos a todos...

— ¿Por qué nadie intenta extraerla de allí?

—El lugar es casi inaccesible y está lleno de peligros. Además, nadie es digno de tal cosa. He oído nombrar a gentes que intentaron extraerla de la roca y esgrimirla. Su osadía la pagaron cara. Murieron despeñados, exterminados por algo, algún poder invisible que protege la espada, guardándola para aquel que debe empuñarla con justicia.

—Sí, te entiendo —suspiró Zoltan, escéptico, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Esa leyenda me suena a conocida. Hubo muchas parecidas en mi mundo, Ghor, muchacho. Y fueron sólo eso: leyendas...

—Yo tengo fe ciega en ello, señor —afirmó el chico—. Y no creo que sea sólo una leyenda. Es más, juraría que sé quién pueda empuñarla un día para devolver a mi mundo a una vida más digna y mejor...

— ¿De veras? —Zoltan frunció el ceño, mirando a su joven amigo—. ¿Quién, Ghor?

—Tú, señor... —dijo el muchacho, con ojos iluminados por un

extraño resplandor.

— ¡Yo! —se asombró el astronauta—, ¿Te has vuelto loco?

—No, no. Tú eres fuerte, noble, honrado y fiel... Eres valeroso y tienes limpia tu alma. Me salvaste la vida. También perdonaste la vida a Golda, que ahora te ama ciegamente, y su pueblo te respeta. Luchaste contra las amazonas negras... Has dado pruebas suficientes de tu valor. Y por si eso fuera poco..., llegaste de los cielos una oscura noche de muerte y de sangre, como una estrella desprendida del firmamento. Como una esperanza para todos nosotros...

—Deliras, muchacho —rió de buen grado Zoltan, palmeando su cabeza—. Anda, ve con las mujeres y sigue trabajando la tierra. Olvida esas fantasías, hijo. No es bueno confiar en sueños, sino en realidades.

—Sí, señor —asintió dócilmente el muchacho—. Pero yo confió en ti. Y tú eres toda una realidad...

Sonrió, descendiendo a la hondonada para seguir trabajando la tierra. Zoltan, con la frente surcada por arrugas de preocupación, regresó lentamente junto a su rubia y hermosa Golda, la nueva compañera de su vida, el apasionado amor que había hallado en aquel remoto planeta llamado Arkania, que confiaba en un salvador llegado del cielo, capaz de empuñar la justiciera y todopoderosa espada de oro.

CAPÍTULO VI

Todo sucedió tan de prisa, que nadie, ni siquiera Zoltan y la reina Golda, pudieron evitarlo a tiempo.

Fue durante la noche, una de aquellas largas, frías y oscuras noches de Arkania, con el cielo negrísimo y helado, salpicado de astros y nebulosas de caprichosas formas, mientras descansaban las aguerridas mujeres de rubia melena que formaban la pequeña pero fuerte tribu de las amazonas doradas, en las tierras del norte.

Habían estado celebrando la noche antes los primeros brotes de cultivos comestibles, conseguidos en la hondonada, y que acusaron nula radiactividad cuando Zoltan les aplicó el contador Geyger. Fue una celebración alegre y divertida, en la que corrió en exceso el dulzón vino de frutos silvestres que destilaban las amazonas de rubia melena como única bebida espirituosa dentro de sus sobrias costumbres de guerreras.

En pleno sueño, tras esa libación que les sumió en dulce y profundo sopor, tuvo lugar la tragedia imprevisible.

Los gritos agudos, agónicos, fueron las primeras señales de alarma que provocaron un despertar pesado y somnoliento en la real pareja. Para entonces, ya era tarde.

Sus ojos, aturdidos y aterrados, vieron correr la sangre por la amplia cueva en que se alojaban, y varios cuerpos de amazonas degollados bestialmente, aparecían por doquier, sorprendías en pleno sueño por sus criminales agresores.

Zoltan, luchando contra su propio sopor, contra la torpeza que dificultaba sus movimientos y embotaba sus ideas, corrió a empuñar la pistola de rayos láser, el arma que tenía más a mano, puesto que las demás armas las habían guardado en prevención de cualquier riesgo, junto con el botiquín portátil.

Pudo aferrar el arma y dispararla una sola vez contra una de las sombras encapuchadas que se movían, sigilosa y encorvadas, por la cueva a media luz, degollando mujeres con brutal eficiencia. Un aullido de supremo dolor escapó bajo aquella caperuza color oscuro, y ardieron las ropas, mientras el mortal rayo perforaba el cráneo de la víctima. Esta rodó no lejos del charco de sangre de la última mujer acuchillada por su mano.

Pero ya entonces tres figuras igualmente encapuchadas, que a Zoltan la recordaron arcaicos monjes de la Tierra, figuras dignas de la Edad Media, rodeaban a la sorprendida e indefensa Golda, apoyando

largos y afilados cuchillos de metal cortante en el cuello y pechos de la espléndida hembra.

—Un solo disparo más con esa arma del diablo, extranjero, y tu pareja morirá en el acto —avisó uno de los encapuchados, sorprendentemente en la propia lengua de los astronautas terrestres.

—Cielos... ¿qué significa? —jadeó Zoltan, indeciso—. ¿Quiénes sois, malditos?

— ¡Son ellos, señor! —chilló Ghor, en alguna parte—. ¡La hermandad de apestados!

— ¡Los mutantes! —susurró el astronauta, horrorizado, contemplando a aquellos seres, semejantes a espectros surgidos de las mismas tinieblas que parecían formar parte de ellos y de su siniestra apariencia.

— ¡Sí, señor! —gimió Ghor—. ¡Ellos son también telépatas, pueden aprender cualquier lenguaje en unos instantes, sólo con leer la mente ajena!

—Mutantes... Los asesinos de la noche... —susurró Zoltan, sin soltar aún su arma.

—Ahora ya lo sabes. Mataremos a todas las amazonas como matamos a los zambios —le avisó el encapuchado con su voz chirriante y malévola—. Elige, extranjero...

— ¿Y si me entrego? Nos mataréis a todos...

—No. No nos conviene esta vez. Tienes nuestra palabra de que no será así.

— ¿Quién puede fiarse de la palabra de unos asesinos sin conciencia?

—No tienes otro remedio —rió el encapuchado—. Veo que amas a esta mujer. Si te mueves, morirá en el acto. Tirando tu arma, puedes salvarla. Y salvar a las diez o doce de sus amazonas que hemos capturado sin lucha. También ese muchacho zambio y tu camarada están vivos aún. De ti depende que sigan viviendo todos.

— ¿Por qué habríais de perdonar nuestras vidas una vez en vuestro poder?

—Porque nos conviene. Simplemente por eso, extranjero. Te necesitamos. Tienes armas y conocimientos que necesitamos para enfrentamos a La Ciudad. Y hasta para conseguir la espada de oro, si es preciso. Necesitamos mujeres para reproducimos, porque las nuestras quedaron estériles en la mutación maldita. Usaremos a estas hembras. En cuanto a ese zambio..., vivirá mientras tú nos ayudes. Si intentas algo, le mataremos en el acto.

—Parece que no hay opción... —susurró Zoltan, lívido, al mirar la cabeza y ver a Ghor, a Erik y a un grupo de rubias mujeres, cautivas de al menos una treintena de sombríos mutantes de negra estameña y caperuza sobre el rostro. Dejó caer lentamente su pistola de rayos láser al suelo—. Está bien... Vosotros ganáis.

Rápidamente le rodearon varios de aquellos seres encorvados, de oscura caperuza, y uno de ellos tomó con suma cautela el arma láser, tendiéndola al que parecía ser jefe supremo del grupo de imitantes asesinos.

Le sujetaron las manos con fuertes ligaduras, lo mismo que a Golda, a Ghor, a Erik y a las mujeres supervivientes. Sombrío, contempló los regueros de sangre, los cuerpos degollados de las infortunadas mujeres amazonas.

—Muy bien, extranjero —dijo la voz del jefe del grupo agresor, con tono complacido—. Te has portado inteligentemente, después de todo. Pero también has dejado hablar a tu corazón, además de a tu cerebro. Amas demasiado a esta muchacha, ¿eh? La reina Golda te ha fascinado, a no dudar...

—Eso no es asunto vuestro —replicó agriamente Zoltan—. ¿Qué pretendéis de nosotros?

—De ellas, ya te lo he dicho: hacerlas nuestras. Incluso a tu bella dama, claro. Será para mi —rió soezmente el encapuchado.

— ¡Miserable! —rugió Zoltan, forcejeando con sus ligaduras y las manos férreas de sus captores—. Si llego a saber eso, lucho hasta morir contra vosotros, hatajo de ratas huidizas. No toleraré que hagas eso con Golda, te lo juro...

—No puedes evitarlo ya —se mofó el otro, mientras Zoltan era fácilmente reducido por aquellas manos sarmentosas, algunas de ellas descarnadas o cubiertas de llagas purulentas, deformes otras, que le sujetaban con energía, impidiéndole todo movimiento agresivo—. Te prometí sus vidas, no lo que haríamos con ellas, si bien ya te anticipé

que necesitábamos procrear.

—Procrear ¿qué? ¿Nuevos monstruos? ¿Seres tarados, auténticos apestados, miserables ruinas humanas? —le espetó Zoltan.

—Y ¿qué? —rugió el mutante, airado, acercándose a él—. ¡No fue culpa nuestra, sino de seres como tú, dueños y señores de armas letales, creadas por genios de la técnica que se creían dioses y no eran sino malditos verdugos de su raza y de su gente! Si, extranjero, de gente como tú es de quien tenemos que vengamos nosotros, por encima de todo. Y ahora tenemos la ocasión. Por su especial genética y biología, las mujeres amazonas no sufrieron las deformaciones y mutaciones nuestras, pero ¿qué pensarán ellas cuando tengan que hacer el amor con gentes como yo, pongamos por caso? ¿Es que quieres ver cómo soy, cómo me dejaron los hombres que, como tú y como los de La Ciudad, se creían dueños y señores de la técnica y de la ciencia, de la paz y de la guerra? ¡Míralo, entonces! ¡Míralo, extranjero, y juzga después!

Casi violentamente, el mutante se echó abajo la caperuza. Su cabeza, su rostro, fueron visibles para Ghor, para Erik, para él mismo, para las horrorizadas mujeres amazonas.

Un colectivo grito de horror acogió aquella espantosa visión de lo que, alguna vez, había sido un hombre, un ser humano como los demás...

* * *

—Era horrible... realmente horrible...

Zoltan repetía esa frase con frecuencia, la cabeza entre sus manos, ensombrecido y sobrecogido, en un rincón de la amplia covacha que era ahora su celda y la de Erik y Ghor, todos ellos sujetos al muro por gruesas cadenas, y con sus muñecas unidas igualmente por otra larga cadena que les permitía, cuando menos, manipular los miserables cuencos donde les servían una infecta comida.

Erik resopló entre dientes, sin pronunciar palabra alguna. En cuanto al joven Ghor, musitó con voz apagada:

—Yo nunca llegué a verles el rostro. Siempre van así, con esas

capuchas…, y ahora comprendo la razón.

Zoltan levantó la cabeza, aún pálido y con expresión impresionada. Las palabras fluyeron de sus labios, lentas y aturdidas:

—Ese hombre o lo que sea. No puede…, no puede poseer a Golda, no es posible tal monstruosidad…

—No puedes evitarlo, señor —le recordó Ghor tristemente.

— ¿Os dais cuenta de lo que eso significa? ¡Ser poseída por un monstruo, por una horrible forma de vida que ya tiene poco de humana en su apariencia, víctima de esa espantosa mutación! Me horrorizó ver su cabeza, su rostro… Apenas una calavera, cubierta de trozos de carne fétida, de coágulos de sangre… Sin piel, sin párpados, con sus redondos globos oculares colgando fuera, sanguinolento… Con esa cabeza descarnada y sin pelo, con esa boca que sólo son dientes y encías, desprovistos de labios… La nariz medio carcomida por un mal que le hace supurar toda la escasa carne que cubre su osamenta… ¡Es un monstruo abominable, un horror viviente!

—Lo sabemos… —jadeó Erik—. Todos pudimos verle… Y sus compañeros son todos parecidos a él…

Reinó un profundo silencio en la celda. Ghor, al fin, se atrevió tímidamente a romperlo:

—Llevamos aquí ya casi una jornada entera. Y esta noche…, esta noche es la de esponsales de la reina Golda con… con ese monstruo, señor. Él lo dijo…

— ¡Calla, Ghor, maldita sea, calla de una vez! —rugió Zoltan, exasperado.

—Lo… Lo siento —gimió el muchacho zambio—. No quise molestarte…

—Perdona, hijo —le miró con ternura—. No quise hacerlo. Después de todo, tienes razón. Eso es lo que va a suceder dentro de muy pocas horas…, ¡y yo no puedo hacer nada por evitarlo…!

—Casi me alegra esta situación —rió inesperadamente Erik—. Ya era hora de que supieras lo que es perder la mujer amada a manos de otro, querido Zoltan…

— ¿Qué…, qué has dicho? —silabeó Zoltan, clavando en él sus

fríos ojos con repentina sorpresa.

—Justamente lo que he dicho. Ahora sabes lo que se siente, ¿no? Esta vez, eres tú el perdedor, no yo…

— ¡Miserable hijo de perra! —aulló Zoltan, frenético—. Si tuviese mis manos libres, si pudiera llegar ahora hasta ti, te despedazaría sólo por hablar así, sucia rata…

—Vaya, veo que Golda te ha llegado muy hondo…, comandante —dijo con sarcasmo Erik.

Zoltan apretó los labios con rabia, rechinaron sus dientes, y se contuvo con gran esfuerzo. Sus músculos se hincharon de tal modo, que la piel parecía a punto de estallar.

—Será mejor que me controle, Erik, o cuando me viese libre de estas cadenas no podría contenerme, y necesito mis fuerzas, en todo caso, para intentar liberarme, no para hacerte tragar a ti esas sucias y miserables palabras de bastardo rencoroso y vil.

—Ojalá estuviera yo libre ahora, Zoltan —silabeó Erik con furia contenida—. Deseo más que nunca verte muerto. No debiste interceder por mí a las amazonas. Ni yo debí dejarte con vida cuando pude haberte matado dentro de la nave.

—Eso se resolverá entre nosotros algún día, no lo dudes —susurró el comandante de aquella expedición espacial con frialdad, volviendo a su anterior posición lentamente.

Ghor les contemplaba a ambos con una mezcla de temor y perplejidad. Meneó la cabeza, con el asombro dolorido a sus grandes ojos oscuros.

—No entiendo… —dijo—. Yo creí que erais amigos, camaradas…

—No te sorprenda, Ghor. No sólo hay gentes como los imitantes o las amazonas negras en tu planeta. También en el nuestro hay gente noble y gente ruin. También hay odios y rencores. Como ves, ningún humano está libre de esas taras. Tal vez todos los humanos en el Universo procedamos de un mismo origen y nuestra genética sea semejante, amigo mío…

Reinó luego un profundo y penoso silencio en la gruta que servía de mazmorra a los prisioneros de la hermandad de apestados. El tiempo transcurría de modo implacablemente lento para ellos, como

cautivos, pero también angustiosamente rápido para los terrores de Zoltan con respecto a aquellos siniestro esponsales de su hermosa pareja, la rubia Golda, con aquel ser hediondo y espectral, aquel miserable remedo de humano, cubierto de llagas y deformaciones, llamado mutante, cuyo nombre creía haber oído pronunciar como un tal Krow.

Resultaba alucinante y terrible, imaginarse a la bellísima Golda teniendo que cohabitar con una miseria humana como Krow, el señor de los mutantes. La sola idea de que sus labios suaves y carnosos tuvieran que besar a aquella putrefacta faz cadavérica, o ser besados por aquella boca descamada y lívida cubierta de purulentas costras, revolvía el estómago y la sangre a cualquiera persona sensible. Y, sobre todo, enamorada.

Porque ahora, por primera vez, Zoltan descubría que lo que en principio no había sido para él sino una forma de dulce esclavitud en brazos de la reina de las amazonas doradas, tratando de sobrevivir lo mejor posible en el duro planeta Arkandia, no era otra cosa que auténtico amor, cariño sincero hacia aquella hembra indómita a la que él primero se había enfrentado en violenta pugna, para domeñarla y hacerla dócil y sumisa, aunque sin perder su arrogante altivez de mujer guerrera.

Estaba enamorado de Golda. Y dispuesto a hacer lo que fuese por salvarla de tan horrenda suerte. Incluso a morir por ella, si era preciso.

Pero por desgracia, nada parecía ser factible, dentro de aquella mazmorra vigilada por los siniestros hermanos apestados, aquella escoria humana que arrastraba su miseria, su malformación y su odio inextinguible por la superficie arrasada de un mundo que un día fue próspero y alegre.

Si al menos pudiera hacer algo, luchar por librarse de aquellas cadenas, de las cuales sólo el jefe de los perversos mutantes tenía la llave…

Pero era difícil, por no decir imposible, conseguir nada. Carecía de medios, de toda clase de armas, arrebatadas a Erik y a él por los mutantes, y encerradas en una cueva inmediata, para ser utilizadas en beneficio de aquellos seres malignos. Y, por tanto, en contra de otros seres inocentes, que pagarían con sus vidas el nuevo poder que ellos, los terrestres, habían dado tan generosamente a sus crueles adversarios.

—Oh, Dios, si se pudiera hacer alguna cosa, si fuera posible luchar, morir matando... —jadeó Zoltan entre dientes, rabiosamente —. De haber sabido esto, hubiese luchado hasta morir. Y hubiera matado a Golda, antes de permitir tal tortura para ella en el futuro...

Erik rió desdeñoso entre dientes, allá en su rincón, como complacido de sus sufrimientos. Ghor se limitó a mirarle compasivamente, sumido en su propia impotencia.

—Pronto nos traerán la cena —dijo roncamente el zambio—. Ya debe ser tarde...

Zoltan se estremeció. Sí. Sabía que era tarde. Que les servirían la miserable y repugnante cena en el cuenco de un fruto de aquellas regiones. Significaría que también se iniciaba fuera de allí la cena de esponsales.

Y luego..., la ceremonia de la «boda» entre el repulsivo Krow y la dulce Golda...

—No, no... —susurró roncamente, frenético de ira, de impotencia, de rabia.

Meditó con rapidez, estrujando su mente, tratando de encontrar algo, una salida, una solución a tan desesperado trance. Después de todo, pensó, ¿qué podía hacer con sus manos desnudas, encadenado como estaba a aquel muro, sujetas sus manos por otras recias cadenas?

Se quedó mirando fijamente, como en trance, al joven Ghor, que le estudiaba con su aire apenado de aquellos momentos. Fue durante un cierto tiempo, y de repente el muchacho se movió, incómodo, pestañeando. Luego se quejó: —Por favor, señor, no me mires de ese modo. Siento dolor en los ojos y una rara somnolencia. Es la primera vez que miro a alguien y noto esa sensación. Tus ojos parecen fuego..., me queman...

Zoltan se puso rígido. Una idea súbita, imprevisible, acudió a su mente.

Sus ojos.

Lo había olvidado totalmente. ¡Sus ojos! Recordó sus días de experiencias científicas y técnicas en la Tierra, allá en la base de astronautas...

Una disciplina formaba parte de la preparación de astronautas:

la autosugestión, el autodominio y todo lo demás. Pero al realizar las pruebas, su profesor en la materia había advertido dotes especialˆ en él. Y se lo había hecho notar:

—Mi querido comandante Zoltan, usted posee particularísimas dotes —le había confesado, sorprendido—. No sólo puede poseer más poder de autosugestión y autocontrol que los demás compañeros, sino que sus ojos poseen una rara capacidad para la hipnosis. Puede usted hipnotizar fácilmente a cualquiera, si se lo propone. Creo que valdría la pena ahondar en ese sentido cuando regrese de su próximo vuelo espacial.

Pero él nunca había regresado de ese vuelo. Porque el vuelo terminó en Arkania, un planeta yerto y terrible, donde ahora se encontraba. Sin embargo, las dotes que su profesor viera en él eran, evidentemente, naturales. Existían en su persona, en su capacidad mental, en sus ojos, en definitiva...

—Ghor —dijo con rapidez, levantando la cabeza.

— ¿Sí? —indagó éste dócilmente.

—Ghor, voy a fingirme enfermo. Me tenderé en el suelo. Cuando entre ese tipo, el mutante que nos sirve la cena, díselo. Que me examine. Es todo.

—Pero señor, no servirá de nada. Va armado con una de esas pistolas tuyas de rayos mortíferos. Te matará si intentas algo... —se alarmó el muchacho.

—Tú haz lo que te he dicho, y nada más —replicó ásperamente Zoltan.

Y se tendió boca arriba, con los ojos muy abiertos, a la espera.

No tuvo que aguardar mucho. La verja de la puerta a la mazmorra se abrió con un chirrido agrio. Entró el encapuchado, con el arma láser en una mano y la llave en la otra. Le seguía otro mutante, igualmente con su caperuza echada sobre el horrible rostro descarnado, portando los tres cuencos de comida humeante y de mal olor, que depositó silenciosamente en el húmedo suelo. Ghor habló al otro. Este miró indiferente al caído. Luego se acercó a él con paso lento, encañonándole con el arma mortífera.

—Si intenta algo, está listo —dijo duramente—. Le mataré.

Ghor no dijo nada. Erik permanecía también rígido, a la espera. Zoltan seguía inmóvil en tierra, boca arriba. El mutante se inclinó sobre él, el arma por delante. Zoltan tenía sus ojos muy abiertos, muy fijos, clavados en aquellas cuencas oscuras que intuía bajo la caperuza, concentrándose intensamente en aquella labor, como jamás antes lo hiciera.

— ¿Qué te pasa, extranjero? —preguntó el mutante con sequedad.

—Aquí... —jadeó Zoltan—. Mis ojos. Míralos, por favor. Creo que empiezo a quedarme ciego.

— ¿Ciego? No noto nada —farfulló el mutante, apoyando la pistola láser en el pecho desnudo de Zoltan, ante el terror de Ghor, antes de clavar su mirada sanguinolenta en el caído, en sus pupilas.

Zoltan ya había captado la atención del otro. Ahora sólo era preciso que, realmente, tuviera las facultades que mencionó su profesor. Y que resultaran en el ser deforme.

Fue sorprendente. Quizás con mucha más facilidad que a un terrestre, acaso por la propia debilidad psíquica que la mutación había producido en él, su guardián se quedó rígido, como una estatua, sus músculos inmovilizados, su figura quieta sobre él. Zoltan supo, con un escalofrío de oculto gozo, que lo había conseguido.

La voluntad del mutante era suya. Pero el otro mutante esperaba en la puerta, a que su superior le ordenase salir de la celda. Parecía que las cosas no iban a ser fáciles.

—Soy tu amo y señor —murmuró Zoltan, sin pestañear, sin desviar sus pupilas del otro, concentrado en lo que estaba haciendo y diciendo—. Te ordeno que apartes esa arma de mí y la dispares contra tu compañero. Es una orden, recuerda. Y debes obedecerme en todo. En todo.

Sorprendentemente dócil, ante el pasmo de Erik y Ghor, el mutante giró su cuerpo con lentitud, separó la pistola láser del cuerpo de Zoltan... y disparó sobre su camarada. El silencio y fulgurante rayo perforó el cráneo tapado por la caperuza oscura. El segundo mutante cayó al suelo como fulminado.

—Muy bien —aprobó Zoltan, incorporándose ante el asombro e incredulidad de sus dos compañeros de cautiverio—. Sigue obedeciéndome en todo. Soy tu amo y señor, recuérdalo. Ahora, dame

esa pistola. En mi mano. Obedece.

Obedeció. Zoltan suspiró, al tener le arma en su poder. Era cuanto necesitaba.

—Permanece ahí quieto —ordenó—. Date la vuelta. Ponte de espaldas a mí. Obedece.

De nuevo obedeció sus órdenes el hipnotizado mutante. Giró, dándole la espalda. Zoltan no vaciló. Descargó un culatazo seco y rotundo en la cabeza del mutante. «Este se desplomó de bruces en el suelo. Para asombro de todos, bajo la caperuza asomó un reguero purulento, y fragmentos de blandos huesos craneales, hechos astillas.

—Dios... —jadeó Zoltan, horrorizado—. No soportan ni un golpe. Son..., son como gelatina de blandos, tal es su grado de degeneración física en el período mutante de su especie...

Alzó la caperuza para comprobarlo, y sintió pavor ante aquella masa informe que ahora era la cabeza del apestado, tras un simple golpe en su cráneo. Su materia era tan frágil como el vidrio.

—Ahora, terminemos de una vez por todas —masculló Zoltan, rabioso.

Disparó la pistola, con reducida potencia, sobre sus cadenas. Los eslabones y argollas se cortaron bajo el láser como si fuesen manteca. Hizo igual con las del joven Ghor. Luego, Erik y él se quedaron mirando, cuando el primero alargó sus brazos para ser liberado. Los ojos del rencoroso compañero reflejaron repentino temor.

—Debería dejarte aquí para sufrir las represalias de esos monstruos —silabeó Zoltan—, Pero no soy como tú, Erik. Una vez más salvaré tu vida, pese a todo.

Le cortó las cadenas con el láser también. Luego, se encaminaron todos a la salida de la caverna.

— ¿Y ahora qué hacemos? —indagó Erik roncamente.

—Recuperar nuestras armas y equipos en la cercana cueva donde vimos que los almacenaban.

—Pero ese tipo, el jefe Krow, se quedó con otra pistola láser... —apuntó Ghor.

—Ya lo vi. Esperemos ser más rápidos que él. Hay que liberar a Golda y a las demás muchachas lo antes posible. Y escapar de este horrible lugar cuanto antes.

— ¿Crees que podremos conseguirlo? —dudó Erik.

—No sé. Vamos a intentarlo, cuando menos —replicó Zoltan con firmeza.

Alcanzaron la cueva vecina. Una gruesa verja les separaba de sus equipos espaciales, incluidos botiquín, armas, cargas explosivas y trajes espaciales. Zoltan aplicó el láser a la cerradura. Esta se perforó y derritió en un instante. Pasaron al interior, tomando Erik y él los equipos. Entregó Zoltan un arma, una pistola desintegradora, al joven Ghor.

—Cuando apuntes con ella, ten cuidado. Todo lo que elijas como blanco, se disolverá en humo al disparar, muchacho —le aconsejó—. Tiene veinte cargas desintegradoras.

—Gracias —sonrió el muchacho—. Esto me hace sentir mucho más fuerte.

Salieron de la cueva. Justamente en ese momento, tres encapuchados asomaban, paseando sin duda en una ronda de vigilancia. Se quedaron clavados en el corredor al verles aparecer. Rápidos, dispararon los tres. Los láseres abatieron a dos de ellos en un segundo. Pero la carga desintegradora de Ghor disolvió a los tres, vivos o muertos, en otro instante.

—Buen blanco —aprobó Zoltan—, Pero no era necesario. Administra bien la munición, Ghor. La podemos necesitar después. Para esos tres, bastaba con el láser. De todos modos, hiciste bien. Vale más pecar por exceso que por defecto, dadas las circunstancias. En marcha, amigos.

Avanzaron por el dédalo tortuoso de galenas subterráneas donde moraban los huidizos mutantes. Un resplandor distante les guió, pasados siete u ocho túneles sombríos sin hallar a nadie.

Vislumbraron a cuatro mutantes de caperuza oscura. situados de guardia ante el acceso al iluminado recinto donde, sin dudas se hallaban todos reunidos, a la espera de los esponsales con las amazonas.

—Atención —silabeó Zoltan, deteniéndose—. Estudiemos el

plan: yo disparo al primero de la derecha. Tú, Erik, al segundo. Y tú, Ghor, dispara tu carga desintegrador sobre los dos de la izquierda cuando nos veas disparar a nosotros, ¿de acuerdo?

Asintieron sus dos compañeros. Avanzaron unos pasos. Los mutantes giraron sus encapuchadas cabezas hacia ellos, con sorpresa.

Se hizo como explicara Zoltan, con matemática precisión. Bastaron dos impactos de láser y una carga disolvente. Al terminar los silenciosos disparos, no quedaba vivo ni un solo mutante. Dos de ellos, además, se habían convertido en humo.

—Bravo —aprobó Zoltan—. Ahora, ataquemos la reunión, procurando no dañar a ninguna de las amazonas. Todo ha de ser rápido, por sorpresa. Especialmente, debemos impedir que el maligno Krow utilice su pistola de láser.

— ¿Por qué lleváis tres de esas armas en vez de dos? —se extrañó Ghor.

—No llevamos tres, sino cuatro —sonrió Zoltan—, A veces es conveniente tener una segunda arma cargada de repuesto, cuando la primera agota su carga láser. Por eso Krow se quedó una, y aún tenemos una tercera de repuesto en nuestro equipo.

Asintió Ghor. Luego avanzaron sobre la abertura que filtraba la claridad. Asomaron a la vasta caverna elegida como salón de ceremonias por los siniestros individuos.

El espectáculo era dantesco. Zoltan sintió estremecer todas las fibras de su ser ante el mismo.

Sobre una especie de estrado natural de piedra negra y lisa, formaban en hileras las doce amazonas rubias supervivientes de la masacre, con Golda a la cabeza, enteramente desnudas, devoradas con ojos lúbricos por aquellos seres condenados a vagar por el planeta convertidos en monstruos repulsivos, y cuyo odio hacia los demás les hacia matar y destruir sin piedad.

Krow, enarbolando su pistola láser como un trofeo, se hallaba encabezando una larga mesa de piedra con un nauseabundo banquete de manjares de aquellas tierras, y todo parecía preparado para el desposorio colectivo de los que elegían mujer entre aquella serie de hermosas cautivas. El rostro demudado de Golda, su mirada aterrada, fija en los mutantes, que ahora exhibían sus rostros descarnados y horribles, lo describía todo.

Risas soeces y comentarios obscenos salpicaban aquella reunión, a cuyo fondo, una masa de casi cien mutantes, en hileras distintas ante pupitres de piedra con su cena, evocaba lejanamente a un coro monacal en la Tierra, a causa de sus oscuras y burdas estameñas y de sus capuchas de igual tejido, que ellos llevaban bajada sobre el rostro, al contrario que los siniestros «novios» de las cautivas.

—Dios mío, es horrible ver eso —jadeó Erik, con náuseas evidentes ante la visión de las cabezas y rostros de aquellos monstruos humanos.

—Pues imagina lo que hubiera sido para esas pobres mujeres tener que compartir el lecho con ellos —murmuró sordamente Zoltan, sintiendo una rabia profunda, un odio inmenso hacia aquella horda de seres de pesadilla—. ¡Vamos, al ataque, pronto!

Y saltó dentro del área iluminada por abundantes hachones de madera resinosas, en medio del pasmo y terror general, empuñando en una mano su pistola láser, y en la otra el fusil de cargas explosivas. Le siguieron con rapidez Erik y Ghor. Todos ellos dispararon al unísono sobre la larga mesa de los comensales.

Un griterío ratonil, agudo y medroso, le conmovió todo profundamente. Los mutantes, como ratas sorprendidas por la luz, echaron a correr en todas direcciones, de forma confusa, excepto Krow, que lanzó un alarido de rabia infinita, y dirigió su arma hacia Zoltan, apretando el resorte de disparo.

Un potente rayo láser escapó de su pistola, y silbó por encima de la cabeza de Zoltan, cuando éste saltó con rapidez, agachándose en plena carrera, para ir a estrellarse con un violento chisporroteo en los muros de piedra, que perforó como si fuesen de escayola.

Las amazonas, al ver aparecer a los tres, se lanzaron, con sus manos encadenadas, sobre los captores encapuchados, golpeándoles rabiosamente, en desesperado afán por ayudar a Zoltan y sus compañeros. La batalla se generalizó, mientras las explosiones provocadas por las cargas del rifle de Zoltan, o las nubes de humo producidas por las desintegraciones que el arma de Ghor causaba, iban sembrando de cuerpos y de huecos las filas de los mutantes, que seguían sin saber qué hacer.

Zoltan disparó su arma explosiva antes de que Krow pudiera volver a intentar hacer blanco en él, cosa harto peligrosa, porque el jefe de los mutantes parecía saber muy bien cómo utilizar aquella

arma.

La granada reventó en la cabeza desnuda del monstruoso mutante, y ésta se hizo añicos, dispersando fragmentos de blando cráneo y carne putrefacta por doquier. El cuerpo decapitado, rodó junto a la mesa done pensaba haber celebrado su cena de esponsales.

Los mutantes huían ya en todas direcciones, acosados y exterminados por los disparos del trío de evadidos, temerosos de las armas sofisticadas y de la muerte que éstas llevaban a sus nutridas filas. Cada golpe de las cadenas de las amazonas, por su parte, era como aplastar una fruta madura. Los cráneos de sus enemigos se reventaban, dispersando su hedionda materia por doquier con suma facilidad.

— ¡Pronto, será mejor irnos cuanto antes de aquí! —aconsejó Ghor a Zoltan, en un breve alto de la batalla—. Los mutantes se cuentan por millares. Pronto acudirán a este lugar en legiones interminables, y acabarían por aplastarnos a causa de su número... Yo sé hacia dónde podemos huir, señor.

—Pues bien, guíanos —ordenó Zoltan, alcanzando por fin a Golda, que se arrojó en sus brazos, sollozando de júbilo—. ¿Adónde sugieres ir?

—Las montañas negras están cerca, señor —explicó Ghor.

—Y en ellas, la cumbre negra, con la espada de oro... —musitó Golda, apretando su desnudo y cálido cuerpo de curvas generosas contra su salvador—. Si pudieras alcanzarla..., ya ningún mutante podría vencemos jamás. Seríamos los amos de Arkania.

— ¡Ghor, llévanos a las montañas negras! —ordenó Zoltan, con fiereza—. Si es preciso luchar para algo tan horrible como esto nunca más suceda, y se pueda vivir en paz en este planeta... ¡yo lucharé por conquistar la espada de oro, si es que realmente existe y tiene los poderes que todos decís! ¡Vamos, en marcha!

Los tres hombres y la docena de supervivientes del pueblo de las amazonas doradas, corrieron hacia la salida del laberinto de cuevas y pasadizos que era la madriguera de los mutantes, mientras éstos se dispersaban, amedrantados, faltos de jefe, aunque como presagiara Ghor, pronto se agruparían en masa ingente para vencer la masacre sufrida esa noche.

Cuando Zoltan y sus amigos se vieron bajo el palio estrellado de

la noche, respiraron profundamente aquel aire frío y cortante, sin poder creer que el horror quedaba definitivamente atrás.

— ¡Mira, señor! —señaló hacia la distancia—, ¿Ves aquella sierra dentada, de negras cumbres rocosas? Son las montañas negras.

—Pero no veo ningún resplandor en ellas, que señale la presencia de la espada de oro... —objetó Zoltan, escéptico.

—La verás si llegamos más cerca, querido —murmuró Golda dulcemente, aferrando al musculoso brazo de su pareja con devoción —. Te prometo que la verás... Y tal vez seas tú quien los dioses eligieron para empuñarla un día y salvarnos a todos...

Echaron a andar a través de la negra llanura, alejándose rápidamente de las madrigueras socavadas por los mutantes en las rocas de aquella inhóspita región.

Poco después, los rayos láser del arma de Zoltan cortaron definitivamente las cadenas de las amazonas, liberando a éstas de su último vestigio de esclavitud. Luego, él y Golda se abrazaron larga, estrecha, apasionadamente, uniendo sus labios bajo aquellos astros luminosos y lejanos, en un prolongado contacto de puro amor.

Erik, huraño, rencoroso, desvió la mirada, encajando con rabia sus mandíbulas, ante la escena amorosa que tenía lugar ante él. Ghor no dejó de observar ese detalle, y una sombra de preocupación asomó a su joven rostro cetrino.

CAPÍTULO VII

Allí estaban. Majestuosas, enormes, altivas y difíciles de escalar.

Las montañas negras de Arkania. El mítico lugar donde, según la leyenda de los nativos, se hallaba la espada de oro de los dioses, esperando a ser arrancada de la roca viva, cual nueva Excalibur de otro mundo y otra galaxia, para el paladín capaz de devolver la paz, la vida y el esplendor a aquel mundo desolado por el caos.

Ahora, si.

Ahora, al fin, Zoltan pudo ver el resplandor increíble, fantástico, en lo más alto de una cumbre rocosa, de paredes cortadas a pico. Pero sólo eso: un resplandor de algo que, para él, era invisible todavía. Un fuego dorado, emergiendo de detrás de la roca, en lo más elevado de su lisa cumbre.

—Pero no veo espada alguna... —murmuró, contemplando aquella luz casi sobrenatural que surgía de allí.

—Nadie la ha visto, salvo quien pueda subir allá arriba y vivir para contarlo —explicó Ghor—, Dice que allí está la espada de oro, señor.

—De modo que es eso: sólo una luz... —dijo Zoltan, desilusionado—. ¿Pensáis que puede pertenecer a una simple radiación, a un fenómeno de fosforescencia sin más trascendencia para nadie?

—No. No es eso —negó Golda—. La espada existe.

Esa es su luz. Está ahí. Resplandeciente como la fe, el amor y la justicia..., esperando una mano fuerte, noble y digna de su causa... La tuya, Zoltan.

— ¿De veras crees esa historia, Golda?

—Sí, la creo.

— ¿Y crees que yo soy la persona señalada?

—Sé que la espada está ahí. Sé que tú la encontrarás. Y que la sacarás de la roca...

— ¡Cuidado! —avisó roncamente Ghor—. ¡Mirad allá arriba!

Era una advertencia oportuna. Todos alzaron la cabeza, a tiempo de ver lo que se les venía encima.

Como en tiempos remotos de la Tierra, animales alados, fabulosos, parecidos a los monstruosos pterodáctilos de la prehistoria terrestre, agitaban sus alas membranosas y enormes, mientras descendían en picado hacia ellos, desde la cumbre negra donde se veía el resplandor, emitiendo chillidos terribles, amenazadores. Los ojos de aquellos animales fantásticos y ominosos, eran como dos bolas de fuego, brillando en la oscura noche. Sus picos, largos y dentados, podían triturar fácilmente a varias personas a la vez.

— ¡Atrás, Zoltan! —avisó Golda, asustada—. ¡Son los pájaros de las tiniebla, los guardianes que el dios de la oscuridad puso en esas cumbres para evitar que la espada llegue a manos de su legítimo dueño!

—Nunca los vi antes de ahora... —jadeó Ghor, amedrentado—. Debe ser verdad lo que dice Golda, señor... Si aparecen los pájaros de las tinieblas para defender la espada... es que tú eres el elegido... y ellos lo saben.

Zoltan rechazó de plano esas supersticiones de sus camaradas. Alzó su mano, armada de la pistola láser, y disparó contra los animales, sin contemplaciones. Tres de éstos emitieron aullidos de dolor, agitaron sus alas negras con golpeteo sordo, y se desplomaron, haciéndose añicos entre las piedras. Pero al menos una docena de ellos, formando una densa nube negra, planeó sobre los humanos, dispuestos a arrojarse encima de ellos para su aniquilación.

— ¡Será preciso usar cargas supe explosivas, Erik! —avisó Zoltan —. ¡Carga tu rifle a tope!

— ¡Es peligroso, Zoltan! —masculló Erik, indeciso—. Pueden estallar en nuestras manos, si hacemos más de un disparo!

— ¡Más peligramos si esos malditos pajarracos caen sobre nosotros, Erik! —se irritó Zoltan, furioso—. ¡Carga a tope, y que Dios nos ayude, o esa horda nos despedazará sin remedio!

Erik obedeció de mala gana. Zoltan ya había situado el nivel de su rifle a tope. Alzaron las armas y dispararon. Los efectos fueron demoledores.

Las dos primeras cargas estallaron en el aire, con llamarada vivísima y estruendo devastador. Cuatro aves se desplomaron

reventadas, pese a su gran tamaño. Las otras seis descendían vertiginosamente hacia ellos…

Sin vacilar, Zoltan hizo uno, dos disparos, sintiendo quemar el rifle en sus manos a causa de la potencia dada a las descargas. Erik, asustado, no se atrevió a hacer el segundo, contemplando con terror el arma que se ponía en sus manos casi al rojo vivo.

Otros cinco pajarracos cayeron, hechos pedazos, y el último planeó, agresivo y maligno, sobre Golda, tratando de aferrarría con sus garras. La amazona gritó, aterrada. Zoltan, con un juramento de ira al ver a Erik inactivo, volvió a disparar el rifle, pese al enorme riesgo de explosión que corría ahora.

Resultó bien. El disparo final hizo pedazos al último pájaro gigante, salvando a Golda de aquel nuevo peligro. Temblaban las rocas con el estruendo de las armas. Las llamaradas de las cargas explosivas debían haber sido vistas a enorme distancia.

Zoltan arrojó el rifle lejos de sí. Estaba empezando a hervir, a crepitar. Apenas tocó el suelo, a varias yardas de ellos, estalló, en un fogonazo impresionante.

—Eso pudo haber sucedido estando en mis manos, por culpa tuya, maldito cobarde —rugió Zoltan, frenético, arrojándose sobre su compañero de vuelo espacial.

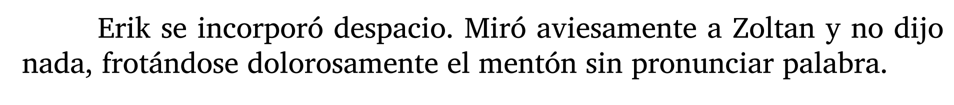
Arrebató a Erik el rifle de las manos y le descargó un seco impacto en el mentón, que arrojó a su subordinado dando tumbos por el negro suelo, hasta quedar boca arriba, medio inconsciente. Con sus puños enarbolados, Zoltan silabeó:

—Vamos, lucha si eres hombre, sucio traidor…

Erik agitó su cabeza, aturdido, sin poder reaccionar aún. Golda se apresuró a abrazar a Zoltan, interponiéndose en la lucha.

—No, querido, ahora no —le rogó—. Es preciso mantener la paz entre nosotros. Ya hay suficientes peligros alrededor, para buscar todavía más problemas..

—Bien, querida. Tú salvas a ese cerdo de una buena paliza. Levántate, Erik. Y procura comportarte mejor en lo sucesivo, o no volveré a excusarte. Le debes a Golda que no te dé un duro escarmiento.


Erik se incorporó despacio. Miró aviesamente a Zoltan y no dijo nada, frotándose dolorosamente el mentón sin pronunciar palabra.

—Esas explosiones se habrán oído desde muy lejos. Y se habrán visto las llamaradas —avisó Ghor—. Eso puede atraer a amazonas negras y a mutantes…

—Lo sé —afirmó Zoltan, sombrío—. Pero había que terminar con esos pájaros del infierno, muchacho. Espero que no haya más allá arriba. Vamos a intentar subir hasta dónde está esa mítica espada, Golda…, si es que realmente existe.

—Existe, lo sé. Y tú la alcanzarás… —susurró ella con voz fervorosa, mirándole fijamente a los ojos con pupilas que resplandecían, tan doradas como aquella luz que venía de la negra cima de las montañas.

—Voy a intentarlo —dijo él—. Quedaos aquí, con las armas. Tú, Ghor, cuida de la protección del grupo. Tenemos que obrar de prisa, por si algún enemigo aparece. Yo sólo me llevaré una pistola de láser, por si acaso. Golda, toma uno de los rifles de repuesto. Ghor, tu eres mi hombre de confianza aquí. Ya no puedo confiar en Erik.

—Yo cuidaré de todo —prometió el muchacho, con tono orgulloso—. Lo juro, señor.

—Sé que lo cumplirás —miró de soslayo a Erik—. Y vigila a ése. No te fíes de él. Ni vosotras tampoco, Golda. Si intenta algo raro, no dudéis en tirar a matar.

—Espero que no sea necesario —suspiró ella.

Se besaron y abrazaron. Luego, Zoltan se dirigió hacia las rocas. Antes de iniciar el ascenso, habló con sencillez a la joven amazona rubia:

—Si intento esto, es sólo por protegerte de un modo definitivo, Golda. Me prometí, estando en aquella celda, que haría lo que fuese por evitarte nuevos peligros. Si esto es la mejor manera de intentarlo…, allá voy.

—Ten fe, cariño —susurró ella—. Ten fe…, y lo conseguirás, estoy segura.

Zoltan asintió. Después, se alejó entre los negros peñascos. Comenzó a subir, a escalar aquellas difíciles y abruptas rocas negras

que podían conducir a la mítica espada de oro…, o a nada en absoluto.

Estaba llegando.

Había sido un duro, tenaz esfuerzo de horas, pero estaba llegando a la cima. El resplandor era ahora intenso, radiante. Como un sol en miniatura, emergiendo tras las rocas basálticas. Si había algo allí, lo tenía cerca, muy cerca.

Pero aún le quedaba lo peor: la pared cortada a pico de la cumbre negra. Era como enfrentarse a un negro espejo sin grietas ni fisuras. Se preguntó cómo ascender. Lo intentó dos veces. Fracasó.

Había llevado consigo adherentes magnéticos para pegarse a un muro como una araña y reptar por él, pero comprobó, desolado, que de nada le servían. Aquella piedra tenía algo antimagnético que rechazaba el procedimiento. No podía escalarla, en suma.

Perplejo, se detuvo al pie de la cima que debía salvar aun para llegar al resplandor dorado. Tan cerca…, y tan lejos sin embargo. No podía subir. Eso era seguro.

—Si al menos hubiera contado con nuestra nave para remontar el cielo… —murmuró con desaliento. Se dispuso a regresar. Y de pronto, vaciló.

«Ten fe —le dijo una voz en su mente—. Ten fe…, y lo conseguirás.»

Era su voz. La voz de Golda, despidiéndole allá abajo. Ella había hablado de fe. Necesitaba tener esa fe o no conseguiría nunca nada. Miró al resplandor. Entornó sus ojos, fervorosos. Se puso de rodillas. Miró al cielo estrellado.

—Dios mío —susurró— Creo que existe esa espada. Quiero creer en ella. No por mí, sino por los demás, por la pobre gente de este mundo que necesita sobrevivir y encontrar un futuro mejor: por los zambios, por las amazonas de rubio cabello, por Golda, por Ghor… Por todos los que necesitan de la fuerza superior para encontrar su camino.

Cerró los ojos. De repente, algo hirió sus pupilas, a través de los párpados. El resplandor había aumentado. Abrió de nuevo sus ojos, sorprendido. Miró ante sí.

—No…, no es posible… —murmuró—. No puede ser cierto…

Pero era cierto. Algo, una especie de arco luminoso, brotaba de lo alto de la negra roca y descendía hasta él. Era como un sendero hecho de polvo de estrellas, surcando el vacío hasta la misma cima resplandeciente. Se irguió despacio. Puso un pie en ese arco de luz. Y notó que era sólido para él, aunque parecía transparente como el cristal e inmaterial como la propia luz.

Se puso a caminar. Y caminó. Subió por aquel arco fantástico, hasta la misma cima de negra roca. Pisó la cumbre, sobrecogido, fascinado...

Y la vio.

Vio la espada de oro.

CAPÍTULO VIII

Era fabulosa. Increíble.

La leyenda tenía razón. Estaba allí, erguida. Con su mango en forma de cruz. Con su ancha hoja luminosa, clavada en la dura roca negra. Sólo la fuerza de un titán o la fe de un héroe podría arrancarla de allí, pensó Zoltan, demudado.

Avanzó hacia ella. Majestuosa, enorme, luminiscente... Cuando estuvo más cerca, su asombro creció de punto. Lo mismo que el arco luminoso que le sirviera de camino aéreo, aquella espada..., no tenía una hoja *sólida.*

Era una simple franja ancha de luz, de resplandor de color oro, con una empuñadura negra en forma de cruz. Evocaba la espada de un antiguo cruzado, pero su hoja era solamente claridad, luz inmaterial. Alargó sus dedos. Cuando iba a tocar la hoja de luz, ésta rechazó su mano con un latigazo.

Dio un paso atrás. La franja luminosa se hundía en la piedra negra. ¿Cómo sacar de allí algo que no tenia filo ni materia?

—Pero he llegado hasta ella. Ya que estoy aquí..., tengo que obtenerla —se dijo con energía.

Aferró la empuñadura, resueltamente. Esta vez no hubo rechazo. Tiró del arma. Pero la hoja no cedió. Ni un ápice se movió de donde estaba.

Puso toda su fuerza, su energía, en el nuevo intento. Tampoco resultó. No se movía lo más mínimo, ni siquiera vibraba. Una y otra vez lo probó. Bañado en sudor, doloridos los músculos, una y otra vez lo intentó.

Nada.

De abajo, repentinamente, le llegaron sonidos. Irguió la cabeza, fieramente. Escuchó. Una voz aguda, la de Ghor, chilló:

— ¡Traidor! ¡Nos has vendido, Erik! ¡Son las amazonas negras..., y te has pasado a ellas para destruirnos y destruir a Zoltan! ¡Traidor!...

Sonaron estampidos, captó fulgor lejano de rayos láser, gritos, alaridos, ruido de lucha fiera. Y la voz potente de Erik, clamando:

— ¡Quietos todos! ¡Os hemos vencido! ¡Ahora. Ulah, la amazona negra y yo, somos vuestros amos! ¡Zoltan morirá con todos vosotros!

Una furia ciega, fría e infinita, invadió el alma de Zoltan y encogió su corazón. Lívido, se asomó al abismo, mientras aquellas voces rebotaban en dolorosos ecos para él, de roca en roca.

— ¡Noooo! —rugió, patético, exasperado—. ¡Golda, no! ¡Tengo que salvarte de ese sucio traidor! ¡No debe ser, Señor mío! ¡No es justo! ¡Deseo que triunfe la razón y la justicia por encima de la ruindad y la cobardía!

- rabiosamente, se inclinó sobre la espada, tomó ambas manos, aferró la empuñadura con más intensidad que fuerza

física, con más fe y deseos que con ímpetu.

- la espada cedió.

En medio de un fantástico chisporroteo irisado, la larga y ancha hoja de luz, ingrávida y liviana, emergió íntegra de la negra roca lisa, sin dejar huella o fisura de su paso por ella.

Entre sus poderosas manos, Zoltan esgrimió la mítica espada de oro de Arkania. Y alrededor suyo, se hizo una claridad radiante, de día luminoso, casi cegador.

— ¡Mía!—clamó Zoltan—. ¡Es mía, al fin! ¡Deseo que los traidores y villanos sientan el peso de su fuerza justiciera Señor!

Fue como invocar algo mágico. La espada se tomó faena poderosa, avasalladora, arrancando del suelo a Zoltan llevándole por los aires, con su fantástico mandoble en las manos, proyectándole por encima de rocas y abismos, llevándole en majestuoso descenso al pie ramo de las montañas negras, donde tenía lugar la traición...

* * *

Despavorido, Erik se volvió. Miró sin dar crédito a sus ojos, a aquella especie de ángel vengador que descendía de los cielos, bañado en una fantástica luz dorada, empuñando una espada resplandeciente, una flamígera hoja de acero transparente pero de dorada luz, que parecía guiarle y conducirle.

No, no! —aulló el traidor, que empuñaba su pistola láser, junto a la musculosa y agresiva Ulah, reina de las amazonas negras—, ¡No es posible.,.!

El grupo de amazonas, que había atacado y vencido a las mujeres de Golda, gracias a la traición evidente de Erik, en ausencia de Zoltan, también se encogió, con expresión de terror supersticioso, ante aquella visión delirante que surgía del negro cielo nocturno.

Los cautivos, Golda y Ghor, así como las restantes prisioneras, las amazonas doradas, se quedaron del mismo modo fascinadas por la visión tan increíble, pero con un aire de esperanza en sus rostros.

Zoltan pisó tierra. Erik disparó su pistola láser. El rayo estalló en

el aire, disolviéndose en chisporroteo inofensivo, delante mismo de Zoltan, para asombro y estupor del autor del disparo.

—No puedo creerlo... —musitó—. ¡No le afectan los rayos láser!

—Creo que no me afecta nada, Erik, mientras empuñe esta espada —respondió Zoltan, con mirada fiera clavada en él—. Que ella decida la suerte que merece un traidor como tú...

Alzó la espada. Apuntó con ella a Erik. Sólo eso.

La hoja de luz se prolongó desmesuradamente, como si no fuese a terminar nunca, tocó levemente a Erik y éste, con un alarido de supremo horror, se fundió, se disolvió en la nada, con un destello dorado, desapareciendo para siempre.

Las amazonas negras soltaron sus armas primitivas y echaron a correr, aterrorizadas, dejando el campo libre. La espada apuntó hacia ellas, inexorable.

Un resplandor de oro, enorme y cegador, envolvió a todas ellas. Cuando se disipó, un leve vapor luminoso se elevaba del suelo desnudo. De las feroces y sanguinarias amazonas negras... ni el menor rastro.

—Dios mío... —gimió Ghor, demudado—. Es la espada de los dioses... La fuerza misma de la Creación, señor...

—Creo que es algo más sencillo que eso —sonrió Zoltan, más sereno, acercándose a ellos lentamente, tras comprobar que otras tres rubias amazonas yacían en tierra, asesinadas por sus rivales y por el traidor Erik—. Se trata de un rayo de energía efe poder desconocido para mí. Una energía superior, no sé si obra de dioses o de hombres, pero algo que da a quien la posea una fuerza desconocida y terrible. Fuerza que sólo deberá usarse para el bien, quizás porque para eso fue creada en el pasado...

—Ya ha sido utilizada en ese sentido —murmuró fervorosa Golda—, El mal y la traición fueron exterminados con esa hoja de luz...

—Sí, Golda. Y ahora haremos algo más con ella. Esta espada de oro, que no sé si agradecer a la fe, a Dios, a un poder desconocido o. simplemente, a una ciencia superior a la nuestra que no logro aún comprender que un día lejano reinó en este planeta, es la que puede abrir las puertas del único paraíso habitable, existente en tu mundo.

— ¿Qué paraíso es ése?

—La Ciudad.

— ¡La Ciudad! —repitió ella, fascinada—. Pero nato puede llegar a ella... Un muro invisible lo impide...

—Esta espada, si es como pienso, abrirá ese muro. Y enseñará a los orgullosos señores de la era científica que deben compartir su vergel con otras personas menos favorecidas por la fortuna... Como el pueblo de Ghor, los zambios..., y como vosotras, las amazonas doradas...

— ¿Crees que esa espada abrirá las puertas de La Ciudad? —murmuró Ghor.

—No lo creo, amigo —sonrió ahora Zoltan, lleno de extraña y profunda fe—. No lo sé.

* * *

Y así fue.

Apenas rozó la franja de luz la campana invisible de fuerza que envolvía la fantástica, bellísima y ultramoderna Ciudad de Arkania, recinto de los privilegiados, con su aire limpio, sus jardines y sus huertos, todos pudieron penetrar por la invisible abertura que se trazó en su muro intangible.

- se hallaron en las calles luminosas y limpias, hermosas y acogedoras, de la ultramoderna capital todavía en pie. La Ciudad era suya.

Sorprendentemente, nadie pareció afectarse por ello. Las personas de sofisticadas ropas metalizadas que transitaban por sus calles, siguieron caminando como si no les vieran. Pasaban por su lado sin siquiera dirigirles una mirada.

Zoltan intuyó la verdad al sentir la proximidad de uno de aquellos habitantes de La Ciudad. Le tocó, deteniéndole en su camino.

—No es carne *humana* lo que toco, Golda —dijo gravemente—.

Es sólo un sucedáneo, un plástico... ¡Estos seres son *robots!*

— ¡Robots! —repitió ella, atónita—. Y han estado viviendo aquí durante tanto tiempo, simples muñecos inanimados...

—Así es. Robots fríos, desconectados de toda emoción humana... Esos son los míticos y privilegiados señores de la era científica —rió Zoltan de buena gana. Luego, arrugó el ceño—. Mira: todos los robots que van y vienen, sin objeto alguno. Tal vez algún día sirvieron para algo. Pero ahora están inutilizados. Sólo viven para mantener esta ciudad aislada del exterior. Sospecho que en alguna parte hay una computadora central que rige los destinos de estos seres y de la propia Ciudad. Y tal vez con el tiempo y la ausencia de manos humanas que la cuiden, esa computadora se ha averiado, dejando de ejercer su verdadera actividad...

Alzó su poderosa espada de luz. La proyectó en torno, buscando el origen de toda aquella vida cibernética. Como si entendiera sus pensamientos, la hoja luminosa apuntó a la cúpula redonda de una altísima y esbelta torre central, alzada en medio de La Ciudad.

—Allí —dijo Zoltan—. Ahí está la computadora...

Fueron Ghor, Golda y él hasta el recinto. Nadie se interpuso en su camino. Zoltan estaba seguro de que, de no haber poseído la mágica espada de energía desconocida que ahora tenía en sus manos, nada de esto sería posible, y los obstáculos hubieran sido infinitos.

Llegaron a la cúpula. Era toda una estancia esférica, de vidrio especial, en cuyo centro se hallaba la computadora más sofisticada, compleja y pequeña que jamás viera Zoltan Su tamaño no excedería el de un balón de fútbol de su mundo. Y, sin embargo, controlaba toda la vida de aquella ciudad sin aliento humano con sus luces, sistemas de limpieza, cuidado de jardines y huertos, control, de los muros protectores de fuerza y mil cosas más...

La apuntó con su espada. La computadora centelleó. Luego, al extinguirse la luz, una voz brotó de ella, con metálico sonido:

—Computadora reparada en todos sus circuitos. Hablando la lengua de quien debe programarla ahora. Y dispuesta a trabajar normalmente en el mantenimiento de La Ciudad...

Zoltan miró a Golda fijamente. La abrazó contra sí. Sonrió a Ghor, que miraba fascinado a la computadora.

—Tenía razón vuestra leyenda, amor mío —dijo el astronauta—. Esta espada de oro, al servicio de la justicia y del bien, puede traer nueva prosperidad a este paneta. Abriremos las puertas de La Ciudad a quienes acrezcan vivir en ella. Lucharemos contra los mutantes hasta su extinción, o hasta regenerar a quienes lo acrezcan. Y de nuevo Arkania será un mundo con vida, con esperanza, con realidades...

—Pero tú..., tú te marcharás un día a tu mundo, cuando tu nave esté reparada —murmuró Golda, tristemente, mirándole a los ojos.

— ¿Mi mundo? —Zoltan sonrió tiernamente—. Mi mundo es éste ahora, Golda. Mi nuevo mundo. Si el destino me trajo aquí para construir un nuevo futuro, yo pertenezco también a ese futuro. No creo que merezca la pena reparar la nave y volver allí. Me sentiré «finitamente más feliz aquí. Contigo, con todos vosotros, con este planeta que debemos reconstruir..., y con esta espada de oro, que debe impartir justicia, libertad, fe y amor...

Se besaron los dos. Ghor sonrió feliz, y se acercó a la computadora, fascinado.

La voz metálica de ésta le avisó cuando iba a tocarla: —Entrometido zambio, no me toques. Eso corresponde al extranjero cuyo idioma estoy hablando...

Ghor se apartó, sobresaltado, y Zoltan y Golda se echaron a reír.

—Evidentemente, querida mía, vuestros antepasados construyeron una computadora muy perfecta... —fue el irónico comentario del joven astronauta terrestre que habla hallado una nueva tierra para él en el espacio.

FIN